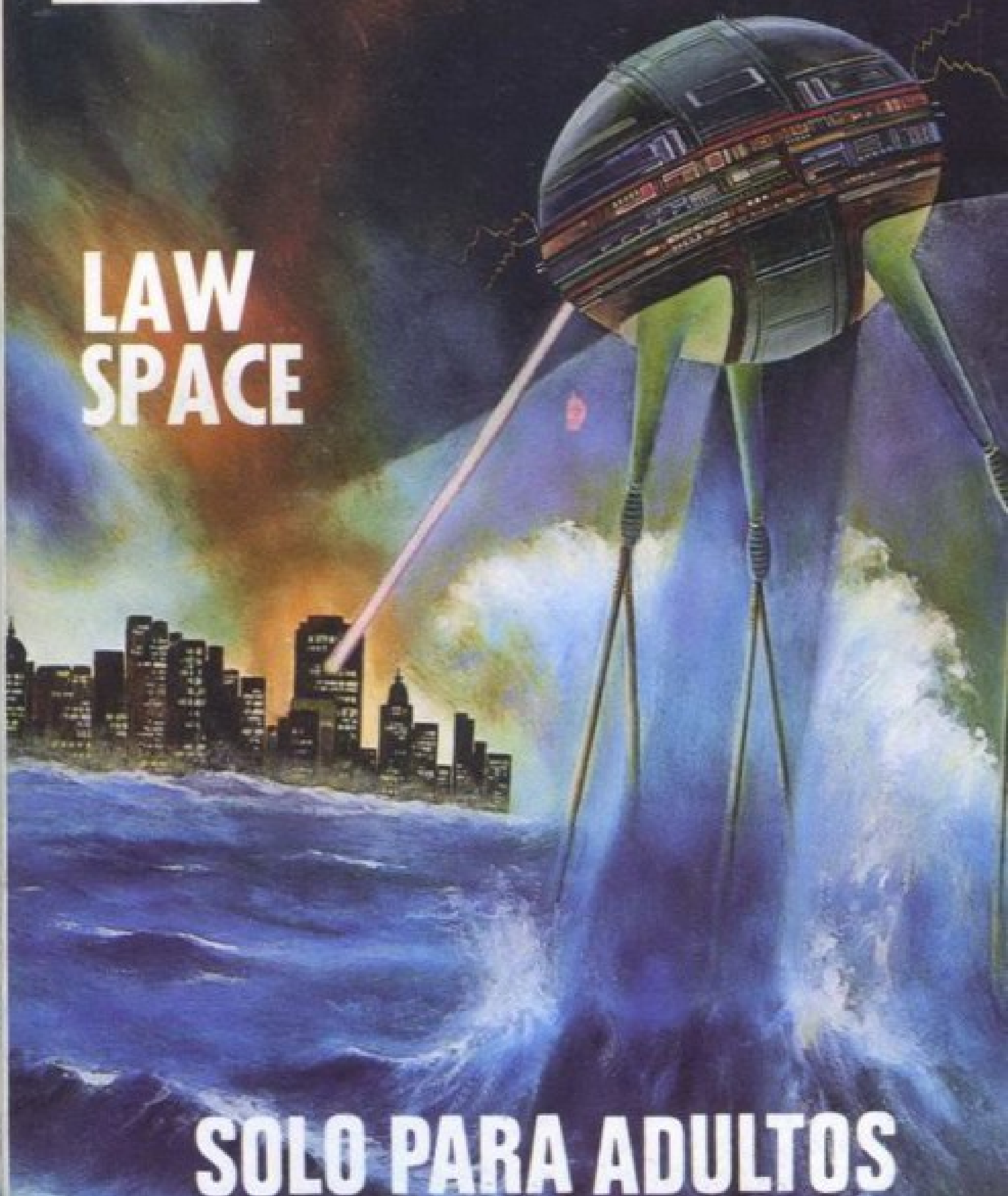
héroes del ESPACIO

NOVELAS ECSA

EL PLANETA VIVO

LAW SPACE



SOLO PARA ADULTOS

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>



<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

13 - *Horror galáctico* - Curtis Garland
14 - *Semilla para el futuro* - Law Space
15 - *Energía cósmica* - Joseph Berna

16 - *Cero e infinito* - Eric Sorenssen
17 - *Un mundo errante* - Burton Hare
<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

LAW SPACE

EL PLANETA VIVO

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 18
Publicación semanal

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (6)
ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 19.865 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: agosto, 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

Primera Parte

«LA MISION»

«No hay que soñar en rocambolescas aventuras espaciales, ni en guerras galácticas, ni en tremendismos de historieta infantil. El cosmos nos reserva sorpresas mucho más sencillas y, al mismo tiempo, mucho más terribles. Porque es indudable que en la larga carrera del Tiempo, a través de los billones de años de una existencia que roza lo eterno, el Universo se ha convertido en un fabuloso laboratorio en el que se llevan a cabo los más fantásticos experimentos, en busca de una perfección que ninguna mente humana puede alcanzar a concebir...»

H. S, Thels

TIEMPO DE GALAXIA: 000-UNO

Eché una nueva ojeada al cuadro de señales que Henri estaba observando. El resto de la tripulación descansaba en los «nidos» de la cosmonave. Hacía tiempo que habíamos penetrado en aquella zona del espacio, más allá de la frontera de nuestro Sistema Solar, a unos 0'4 años-luz de Plutón.

—Lo tenemos delante —dijo Henri Lebusier sin volverse, con los ojos fijos en las luces de colores que dibujaban la gama espectroscópica.

—No estaba en nuestros mapas —dije.

—No —repuso—. Pero no pertenece a nuestro Sistema. Su órbita, si la tiene, sale de los módulos de la atracción solar..

—¿Un mundo vagabundo?

—No lo sé. Tampoco es un cometa, ni un meteorito. Su velocidad es muy lenta y, como ves, la temperatura no es muy elevada…, unos 25 grados centígrados, perfectamente soportable para formas de vida como la nuestra.

—¿Habitado?

—No puedo decírtelo aún. —Se volvió y me sonrió—. Aunque ése es asunto tuyo, como biólogo que eres.

Sonreí a mi vez, mirando de nuevo la gama de colores.

—¿Qué piensas del abanico espectroscópico?

—Hay de todo…, oxígeno, nitrógeno, carbono, azufre… No te hagas ilusiones, Peter. No vamos a tropezar con esa joya que todo cosmonauta desea hallar…, un cuerpo celeste que se salga de las normas universales de composición química.

—Todo eso son quimeras —repuse—, Cualquier estudiante de bachillerato sabe que todo el universo tiene una composición química semejante.

Henri Lebusier sacó un paquete de cigarrillos y me tendió uno. A

mi vez, le di fuego. Ambos permanecimos en silencio, aspirando glotonamente el humo absoluta— mente exento de nicotina. Hacía años que el fumar se había vuelto un placer inocuo, y el tabaco había sido reemplazado por sustancias portadoras de energía para el organismo.

Pero lo curioso es que seguía con el mismo gusto de siempre. Cuando los químicos de los Servicios de Salubridad Universal decidieron acabar de una vez con los peligros del tabaco, tuvieron que acudir a los genéticos, que habían descubierto la existencia de un factor, en la herencia de la humanidad, que había creado una dependencia hacia el tabaco.

Por eso se dio a la nueva sustancia un sabor y mi aroma semejantes al de la planta que el hombre había consumido durante siglos. Fue un triunfo evidente, que hizo desaparecer para siempre todas las afecciones respiratorias producidas por el antiguo tabaco.

—¿Crees que debemos pararnos? —me preguntó.

Como jefe de la expedición, aunque mi jefatura no fuese más que nominal, la misión que se me había encomendado consistía en investigar el espacio más allá del Sistema Solar.

Sin ir demasiado lejos. Se me autorizó a viajar, como mucho, la distancia expresada en un año-luz, ya que nuevas expediciones saldrían más tarde de las bases del Sistema para proseguir los incansables viajes que habrían de conducimos a Alfa de Centauro, la más próxima estrella a nuestro mundo.

Naturalmente, sin contar al Sol.

Pienso que sí —dije al cabo de unos instantes de reflexión—. Piensa que es el primer cuerpo celeste con el que tropezamos… y no podemos dejarlo pasar. Cuantos más detalles contenga nuestro informe, mejor justificaremos el costo de este viaje…

—¡Y ha costado una millonada! —sonrió el francés—. Ha sido necesario el aporte económico de tres secciones de la Federación Universal… la francesa, la americana y la rusa…

Una luz rosa se encendió en la parte derecha y superior del panel que ocupaba todo el lado frontal de la sala de mandos.

Henri me guiñó un ojo.

—Estamos a trescientos mil kilómetros de ese cuerpo celeste… es el momento de iniciar el frenaje, si es que te decides a que lo visitemos…

—Hazlo.
—Bien.
Debusier pulsó algunas teclas, poniendo en marcha el impulso de retropropulsión que iría aminorando la velocidad del cosmonavío, hasta situarlo en una órbita matemática alrededor de aquel mundo vagabundo.
—Entraremos en órbita dentro de un par de horas... —dijo Henri —, Conviene obrar lo más despacio posible, hasta que «Micrón» haga los cálculos orbitales que convengan.
«Micrón» era el fabuloso ordenador de nuestra astronave; la última palabra en cosmonavegación, capaz de tomar el mando del colosal cosmonavío, conduciéndolo con la suavidad de un automóvil aéreo, aunque la diferencia entre ambos se contase por miles de toneladas.
—Los despertaremos dentro de treinta minutos —dije, adivinando lo que el otro pensaba.
—Déjalos descansar, Peten Tiempo tendrán de observar ese mundo cuando giremos a su alrededor, ya que no nos posaremos en él hasta que nuestro querido «Micrón» nos dé la luz verde.
Henry Lebusier era un muchacho alto, de cabello castaño y ojos claros. Tenía dos años menos que yo, 29 exactamente, y era uno de los mejores geólogos de la Sección Francesa... y uno de los primeros especialistas en la materia de toda la Federación Universal.
Como quedó convenido en el plan expedicionario, que habría de durar no menos de tres años lejos de la Tierra, viajaba con su esposa, la hermosa Yolande Dumond, rubia como el trigo, con unos bellos y grandes ojos azules.
Yolande era una experta psicóloga y socióloga, perfectamente preparada para el estudio de las posibles poblaciones extraterrestres que la expedición pudiera encontrar en su camino. Era una muchacha delicada, amable con todo el mundo, poseedora de una extensa cultura y muy versada en temas históricos.
La tercera pareja de la expedición estaba formada por los rusos Wassili Lazarenko y Sonia Stefanovna. El era químico, pero extraordinariamente preparado en química orgánica y bioquímica. Su esposa, Sonia, era una físico eminente, a lo que se unía una belleza verdaderamente sorprendente, con su cabello endrino y sus ojos negros, como todas las hermosas mujeres de la Baja Ukrania,

ya que había nacido en la ciudad de Odessa.

En cuanto a mi propia mujer, Jane O'Neil, era como yo de Chicago, y ambos habíamos estudiado en la misma Universidad, donde nos conocimos y casamos.

Jane es rubia, pero de un rubio tan intenso, que a veces, cuando el sol juega con sus cabellos, éstos parecen blancos. Tiene unos ojos verdes profundos como el agua de los Grandes Lagos, y una silueta que sigue produciéndome el mismo efecto que cuando la vi por vez primera.

Jane es una genética de primera clase. Sus trabajos sobre Herencia hicieron que llamase la atención en cuanto presentó su tesis doctoral, y ha trabajado durante dos años, después de ser mi esposa, con el equipo del famoso profesor Willinger, que, como todo el mundo sabe, prepara modificar el mapa genético humano para mejorar la especie en unas pocas décadas.

Lo curioso es que ninguna de las tres parejas tenemos hijos. Y no es que no podamos tenerlos; los seis somos personas completamente normales, pero desde el momento en que la Comisión Espacial nos llamó para preguntarnos si queríamos formar parte de la expedición, se nos hizo firmar un documento, en el que nos comprometíamos a no tener descendencia hasta dos años después de nuestro regreso del espacio.

Cosa completamente natural, ya que es la primera vez que un cosmonavío habitado atraviesa la frontera del Sistema Solar, y que los precedentes artefactos, lanzados desde algunos de los planetas donde hemos establecido Bases Espaciales, Venus, Marte, Júpiter y Saturno, demostraron la existencia de radiaciones poderosas, capaces de modificar la genética de un embrión humano.

Tiempo tendremos, Jane y yo, de tener niños. Ambos los amamos, y es seguro que vamos a constituir una hermosa familia. Pero, por el momento, hay que hacer este trabajo, abriendo nuevos caminos a la exploración espacial, una de las cosas más maravillosas que el Hombre ha hecho desde su lejana aparición en ese planeta llamado Tierra.

Ahora, lo que importa es investigar la naturaleza de ese cuerpo hacia el que nuestro cosmonavío avanza a bastante velocidad. Desde que lo descubrimos —es decir, desde que nuestro buen «Micrón» nos señaló su presencia— nos hemos dado cuenta de que

se trata de algo «raro».

Por su tamaño, tiene la categoría de un planeta mediano, y debe poseer el tamaño de Marte, quizá un poco menos... Los datos que nos proporciona el espectroscopio, nos demuestran que su composición química es la normal, aunque todavía no podemos saber si su atmósfera es apta para nuestros organismos.

Pero eso no importa mucho.

Llevamos un poderoso stock de trajes espaciales de todas clases y todo tipo, que pueden permitirnos movernos en los ambientes más dispares, en las atmósferas más hostiles, flote en ellas azufre o metano.

Es igual.

Si de algo estamos legítimamente orgullosos, es de los medios técnicos que hemos llegado a poseer. La nave, por ejemplo, es una verdadera maravilla, con sus tres pisos, sus potentes mecanismos, que hacen de ella, se encuentre donde sea, una pequeña Tierra con todo lo que se pueda desear.

También nos tienta la aventura. No es el primer viaje espacial que hacemos, aunque los hayamos realizado por separado. Hace un año, poco después de contraer matrimonio, Jane y yo estuvimos en Marte, en el Centro de Experimentación, estudiando a los animales que, desde hace once años, viven en aquella atmósfera irrespirable para sus homónimos de la Tierra, gracias a ciertos cambios estructurales de su herencia, que les ha hecho capaces de sintetizar oxígeno a partir de ciertas plantas que fueron sembradas allí en los primeros años del siglo XXI...

Mas ésta es nuestra Gran Aventura, con mayúsculas, nuestro viaje grandioso, más allá de los límites del Sistema Solar, donde empieza el colosal vacío, el océano espacial cuya primera isla se encuentra a cuatro años— luz, en la constelación de Alfa de Centauro.

Y he aquí que, donde no se suponía la existencia de ningún cuerpo celeste de importancia, hemos tropezado con la primera incógnita, un planeta vagabundo, misterioso mundo que recorre el espacio como un navío sin rumbo.

Me estremezco de placer anticipado al pensar en todo lo que podemos encontrar en ese gran trozo de materia flotando en el espacio infinito.



—Ahí lo tenéis...

Sentados en la sala, miramos la gran pantalla que repite la imagen captada por nuestras cámaras telescópicas.

—¿No os parece que tiene un color rosado? —pregunté Yolande, la esposa de Henri.

—Color de carne, diría yo —murmuró mi mujer. Y era cierto.

Más que rosa, la esfera que flotaba en la pantalla parecía carnosa, quizá sonrosada, como la mejilla de un bebé.

—Quizá justifique este color una gran cantidad de sodio en la composición de su masa —dijo Lazarenko, que como químico tenía más que decir que nosotros sobre aquel detalle. Es curioso.

Siempre que miro a Wassili, me parece ver una vieja imagen de un cosaco. Como ellos, tiene la piel cetrina, los ojos negros y muy brillantes, un perfil agresivo, y bajo los cabellos, rizados y endrinos, una frente estrecha, apenas perceptible.

No obstante, y puedo decirlo con conocimiento de causa, tras esta frente estrecha y de apariencia primitiva se oculta un poderoso cerebro, ya que el ruso es, sin duda, una de nuestras actuales notabilidades en Química, —Podríamos enviar el primer robot... —dijo su esposa, la hermosa Sonia Stefanovna.

Hice un gesto de asentimiento con la cabeza. —Sí, creo que ya es tiempo, aunque el bueno de «Micrón» lo ha programado sin duda... Vamos a enviar a «Ernesto» enseguida...

Uní la acción a la palabra, levantándome para pulsar el botón de control remoto. Por encima del botón que mis dedos acababan de rozar, ya que se trataba de un sensor, se encendió una luz amarilla, al tiempo que una voz impersonal brotaba del altavoz, —Formula la pregunta, por favor. Era la voz de «Micrón», su voz registrada en cinta, asociada a sus complejos mecanismos, a aquel portentoso cerebro que ocupaba más de quince metros cúbicos en el interior de la nave espacial.

—¿Es oportuno enviar a «Ernesto»? —pregunté. La voz me respondió velozmente.

—Todo está previsto... «Ernesto» saldrá dentro de quince segundos... Empezaremos a recibir sus datos dentro de diez minutos...

—Bien,

—¡Da gusto! —sonrió Henri—. La verdad es que a veces se acompleja uno al pensar que quien dirige la nave es él..., quien investiga todo es él... Me hace recordar los tiempos de mi niñez, cuando dependía exclusivamente de mi niñera...

—¿Era joven? —inquirió Yolande, con un gracioso mohín.

—Creo que sí.

—¿Y... hermosa?

Henri esbozó una sonrisa.

—Me exiges demasiado, querida..., no olvides que yo tenía por aquel entonces la respetable edad de tres meses...

—Eso no importa... —replicó Yolande con viveza—. A esa edad ya estabas empezando a enfrentarte con el complejo de Edipo, ¿no es cierto, Jane?

Mi mujer asintió con la cabeza, al tiempo que sonreía, encantada de seguir el juego de la simpática pareja francesa.

—Desde luego que sí —dijo—. Su sexualidad infantil era ya un hecho cierto..., y es muy posible que si ahondásemos en su inconsciente, tropezaríamos con ciertos deseos, tendencias amorosas hacia esa famosa niñera...

Henri se echó a reír.

—No hace falta que escarbéis en mi personalidad profunda —dijo con aire divertido—. Los recuerdos siguen en plena conciencia... y es que es muy difícil olvidar aquel par de hermosos, grandes y duros senos que empecé a acariciar mientras chupaba ansiosamente los morenos pezones...

—¡Sucio libidinoso! —protestó Yolande—. Lo sabía, lo sabía. Me di cuenta el primer día en que me desnudé ante ti... Había algo en tus ojos, algo que me recordó la expresión de un bebé hambriento. Y, ahora lo recuerdo, lo primero que acariciaste fueron mis pechos, —Fue lo primero que me enseñaste. —¡Eres un obseso! En cuanto regresemos a la Tierra, haré que pases unas semanas en un Centro de Rehabilitación Moral...

Eran simplemente maravillosos. De las tres parejas, los franceses ponían siempre una nota de simpatía en el ambiente. Y daba gusto ver cómo se amaban, con gestos exagerados que ponían una deliciosa nota de encanto a cuanto hacían y decían.

Se habían encendido ya, en el panel situado a la derecha de la pantalla, las luces azules que señalaban la partida del primer robot.

Casi enseguida apareció el ingenio en la pantalla, seguido por la cámara telescópica que no le perdería de vista en ningún momento,

—¡Adelante, «Ernesto»! —exclamó Yolande sin dejar de sonreír —. Ojalá tengas la suerte de encontrar en ese mundo un amor más puro que el de este psicópata que tengo por marido.

El robot aparecía en la pantalla con su forma perfectamente esférica, pero cuando se posase en el suelo del planeta saldrían de ella las «patas», algunas docenas de ellas, dotadas de todos los medios de transporte para que pudiera moverse en cualquier clase de terreno.

Inmediatamente después, «Ernesto» emitiría sus antenas, con las que iba a suministrarnos los datos necesarios para conocer las verdaderas condiciones del mundo que nos proponíamos visitar,

—¿Os habéis dado cuenta de lo que ha dicho Yolande? —preguntó Lebusier—» ¿Os imagináis si ese mundo gozase de una civilización superior... y el bueno de «Ernesto» tropezase con una «robota» de la que se prendase?

—Es casi seguro que se comportaría mejor con ella que tú conmigo —replicó Yolande—. Al menos, «Ernesto» no tiene recuerdos de hermosas niñeras... ni ha padecido el complejo de Edipo.

—Me atacas demasiado, querida..., pero olvidas que tú también atravesaste el complejo de Electra. Debiste enamorarte de tu padre y odiar a tu madre...

—Si padecí ese estado, lo que es probable, tengo la suerte de no acordarme de nada.

—Porque eres menos sensible que yo...

—¿Eso crees, presumido?

La voz neutra de «Micrón» cortó en seco aquella amistosa querella,

—¡Atención! ¡Atención! Estamos empezando a recibir los primeros datos de «Ernesto», que se ha posado en la parte meridional de ese planeta...

Toda nuestra atención se concentró en la pantalla.

«Ernesto», sobre un pedazo de tierra rosada, había sacado sus patas-transportadoras y barría el suelo y el aire con sus largas antenas sensibles.

Esperamos unos instantes, hasta que la voz de «Micrón» se dejó

oír de nuevo:

—La atmósfera es de tipo M-6…

—No está mal —intervino Sonia, nuestra física—. Si colocamos algunas esferas regeneradoras, podremos circular por ese mundo sin traje espacial…

—Esperemos encontrar cosas interesantes —sonrió Wassili, su marido.

«Ernesto» siguió proporcionando datos técnicos que «Micrón» almacenaba en su memoria, dispuesto a darnos más tarde cuantos informes deseásemos.

Pero no era aquel esférico robot el único que iba a garantizar nuestro posterior descenso a la superficie del planeta desconocido.

Durante muchos años, más de un siglo, los astronautas habían tenido más de una desagradable sorpresa al descender de su nave espacial, no sólo en los planetas del Sistema Solar, sino en los complejos satélites que rodeaban a muchos de ellos.

Naturalmente, las investigaciones fuera de la Tierra no eran como aquellos cuantos pasos que los hombres dieron sobre la estéril superficie lunar en aquel entonces, y cuando volvíamos a ver las imágenes de aquellos americanos que fueron los primeros hombres en pisar un cuerpo sideral que no fuera el suyo, no podíamos evitar una sonrisa, que aunque llena de comprensión, de admiración y de simpatía por aquellos pioneros, no dejaba de ser, a fuerza de ser sinceros, un poquitín burlona.

Había, entre aquel primer viaje humano con objetivo espacial y lo que nosotros hacíamos, la aproximada diferencia entre la vida de Robinsón Crusoe y la existencia de un habitante de la Metrópolis-9 —que así se llamaba actualmente la antigua Nueva York— a principios del siglo xxix.

Sí, se habían perdido demasiadas vidas por la aventurera manera de hacer las cosas, dejando la seguridad de los cosmonavíos para penetrar en ambientes mortíferos, poner el pie en mundos llenos de trampas tremendas.

Ahora era distinto.

Nuestros robots especializados se encargaban de llevar a cabo un reconocimiento exhaustivo del mundo a visitar, y en nuestro caso concreto, después de nuestro buen «Ernesto», que era siempre el primero en posarse sobre el mundo-incógnita, seis robots más,

ultraéspecializados, sobrevolarían la totalidad del cuerpo celeste, posándose allí donde sus sensores percibieran algo extraño, digno de ser investigado.

Además de proporcionarnos datos preciosos sobre el nuevo mundo, los robots del segundo equipo montarían, alrededor del sitio donde la nave iba a posarse, un complejo y completo sistema de seguridad, formado por barreras electrónicas, esferas de adaptación (que agregarían a la atmósfera los ingredientes químicos y físicos para proteger nuestras vidas), radares supersensibles y filtros de todo tipo, tan formidablemente precisos, que podían impedir el paso de bacterias a nuestro campamento. Sistemas de alarma de lo más sofisticado prevenían a «Micrón» de cualquier tipo de anormalidad que se produjera» y más que a escala microbiana, incluso a escala de radiación infinitamente pequeña.

Por algo, y naturalmente en broma, llamaba yo «Placenta» a todo aquel sistema de seguridad, porque era como esa barrera formidable que defiende la vida del feto en el interior del útero materno…

Desdichadamente, no hay barrera perfecta.

TIEMPO DE GALAXIA: 000-DOS

Las colosales dimensiones de nuestro cosmonavío nos permiten tener un comedor amplio, por cuyas falsas ventanas recibimos una luz solar, perfectamente dosificada, cuya producción, a partir de radiaciones medidas, depende de ese portentoso mecanismo que es nuestro cerebro electrónico, nuestro computador «Micrón»,

También de él depende la alimentación y la nutrición durante el largo viaje. Desde hace más de ochenta años, ninguna expedición espacial cuenta con un médico, ¿Para qué?

Los avances de la Medicina en los últimos trescientos años han hecho desaparecer para siempre la romántica imagen del doctor y hasta aquellos complejos equipos quirúrgicos.de los que tanto se ufanaban los hombres de finales del siglo XX.

Por los techos de todos los compartimientos de nuestra nave, de los pasillos y corredores, de los ascensores se ven láminas cristalinas que producen dulces brillos.

Son los «ojos».

Los penetrantes y vigilantes ojos que no se separan de nosotros ni un solo instante, que nos observan con un cuidado maternal, que reciben las radiaciones de nuestros cuerpos, que las analizan cien veces al día: en una palabra, que vigilan estrechamente nuestra salud.

A cualquier señal anormal, la voz de «Micrón» nos aconseja —¿o nos ordena?— de pasar a la «global», una sala en uno de cuyos lechos nos acostamos mansamente.

Un aparato que tiene cierta semejanza con las antiguas bombas de cobalto, algo así como una serpiente con una cabeza cristaloide, la «cabeza del biotector», pasea una luz invisible sobre nuestro cuerpo desnudo.

Y ya está.

Los invisibles rayos del «tector» envían a las células mensajes de defensa, de reacondicionamiento, obligándolas a trabajar como es debido, apartándolas severamente de todo tipo de disfunción.

Bajo el barrido de los rayos del «tector», nuestro organismo vuelve a funcionar en absoluta normalidad, y las causas del pequeño trastorno, siempre es pequeño, desaparecen en pocos minutos.

¿Para qué necesitamos un médico?

Fuera de la nave, en el interior del cinturón que llevamos puesto, existe un emisor especial que está unido por ondas cortas al «tector», lo que hace que incluso cuando nos hallamos lejos de la astronave, nuestro invisible «galeno» nos vigila con ojo maternal, dispuesto a que no nos ocurra nada anormal.

Estamos tan estupendamente protegidos, que ello nos proporciona una seguridad absoluta, dejando en completa libertad a nuestro cerebro para dedicarse a lo que verdaderamente nos interesa.

—Así —dijo Henri cuando estábamos acabando de comer— que nuestro querido planeta está completamente desierto, absolutamente deshabitado.

—En el sentido más amplio de la palabra —repuse—. No hay señales de vida por parte alguna, ni siquiera en forma de bacterias y viras...»

—Es bien triste que nuestro primer planeta sea un mundo muerto —suspiró Yolande.

—Lo verdaderamente curioso —terció Wassili—, es la composición química del suelo..., restos de proteínas, naturalmente descompuestas..., un suelo cubierto de humus...

—De estiércol —dijo Sonia.

—¡Llámalo como quieras, querida. Pero yo pregunto a nuestro biólogo... ¿Cómo se explica que un mundo carente de vida esté cubierto por restos de sustancias orgánicas?

Me rasqué la barbilla antes de contestar.

—La he pensado bastante —dije, y sólo encuentro una explicación satisfactoria. Resulta evidente que este planeta, y lo llamamos así por su tamaño, no porque forme parte de ningún sistema, resulta evidente, repito, que este mundo debió estar rebosante de vida... y que lo que ahora cubre el suelo son los restos,

lo que queda de los cuerpos que lo habitaron.

—Hay algo que no encaja del todo —intervino Henri—. Si todo eso que cubre el suelo del planeta, y que nuestros aparatos han analizado, fueran restos de cadáveres, hubiésemos encontrado numerosas especies de bacterias, responsables directas de la descomposición química de las proteínas.

—Lo que quiere decir —dijo Yolanda— que todo cuerpo, al descomponerse, lo hace bajo la acción de las bacterias. ¿No es así?

—Así es —dije, interviniendo de nuevo—. Lebusier tiene razón: no es una explicación lógica la que hemos conseguido…, esas sustancias… que podríamos llamar cadavéricas, se han descompuesto de manera especial… como dirían algunos «abiótica»,

—¿Sin vida?

—Eso es…, han sido vida… y mueren sin seguir las leyes de esa misma vida.

—¡Lindo misterio! —exclamó Jane, mi mujer,

Henri, en su calidad de geólogo, debía decir algo.

—Imaginemos un mundo que muere —dijo—. De forma general, la vida desaparece de un planeta cuando las condiciones dejan de ser aptas para mantener esa forma de vida, la que sea… La desaparición de la atmósfera puede ser una de las causas… para criaturas que necesitan de ella para respirar.

—Pero aquí hay atmósfera —replicó Yolande.

—Si es cierto… Incluso la falta de atmósfera no es causa definitiva para que la vida desaparezca. Incluso en la Tierra hay seres que no necesitan oxígeno para vivir, como los organismos anaerobios,

—Es verdad.

—Esto nos lleva a pensar que si la vida ha cesado en este planeta, ha debido ser por la desaparición de algo sin lo cual la forma de vida que aquí existía no es posible.

—Pero ¿qué forma de vida podría ser?

—No lo sabemos, querida —repuso Henri—, No hay árboles, ni resto alguno de vegetación… y no hay incluso algo tan importante, tan fundamental en todos los cuerpos del universo… como son los minerales.

—Entonces —inquirió Lazarenko con una mueca—, ¿de qué diablos está formado este cuerpo sideral?

Me puse bruscamente serio.

—Nuestra misión es descubrirlo, amigos míos —dije—, Y yo propongo, ya que tenemos la mayor parte de los datos, que abandonemos la astronave y nos instalemos en un primer campamento, donde podremos empezar a organizar nuestro trabajo.

—¡Va a ser apasionante! —exclamó mi mujer.

—¿Apasionante? —inquirió Sonia Stefanovna con una voz trémula—. Si puedo decir la verdad... ¿Puedo?

—¡Pues claro que sí!

—Tengo miedo.

Sonreímos.

Y su marido, Wassili Lazarenko, se volvió hacia ella, mirándola con una cierta sorpresa.

—Pero, querida —dijo con un dulce tono de reproche en la voz —. Si hay algo que no he conocido nunca, ha sido el temor...

Habíamos dejado de sonreír.

Y no era porque tomásemos o no en serio los temores de la rusa, sino por la expresión que ahora enarbolada su rostro, por el brillo asustado que saltaba en sus ojos.

Era mi deber intervenir. Y lo hice. Conscientemente. Primero, porque como jefe de la expedición, debía mantener la moral de sus miembros lo más alta posible.

Además y en segundo lugar... porque estaba seguro de que los miedos de Sonia Stefanovna eran una de esas reacciones puramente femeninas, sin un motivo serio que las produjera.

—El temor no es cosa de nuestro tiempo —dije esforzándome no sólo en sonreír, sino en dar a mis palabras ese tono doctoral que en el fondo me fastidiaba—. Hemos dejado muy atrás la ignorancia, que era la fuente de donde manaba el miedo.

Eso no era cierto. Y yo lo sabía. El miedo estaba, está, anclado en el fondo del hombre... y es muy posible que muera con él.

—Por otra parte —proseguí, dispuesto a dar al ambiente la paz que tanto necesitaba—, poseemos máquinas e instrumentos capaces de defendernos prácticamente contra todo.

«Menos contra nosotros mismos», dijo una voz en mi interior.

—Tienes razón, Peter —me dijo la rasa con una amplia sonrisa en sus hermosos labios—. Lo siento de veras. Ha sido una sensación indefinible, pero ya ha pasado.

—Mejor que mejor —dije, dando por concluido el asunto—. Lo que ahora interesa es preparar nuestra salida al exterior…

—¿Vas a posar la nave en ese mundo? —me preguntó mi mujer.

—Desde luego que no, querida. La dejaremos en una órbita de seguridad… y descenderemos a la superficie de ese planeta en los monopropulsores… Oye, Wassili…

—¿Sí?

—¿Te molestaría vigilar el transporte?

—¡Qué cosas dices! Además, el único que puede enfadarse de que lo haga es nuestro viejo «Micrón».

—Es curioso —intervino Yolande, la esposa de Henri—. Creo que exageramos un poco… Como psicólogo, creo que estamos dando demasiada importancia a un ordenador…—¿No crees que «Micrón» es algo más que eso? —le preguntó su marido.

—No digas cosas raras, cariño… Lo que ocurre es que viviendo en cierto modo a sus expensas, dependiendo de él día y noche, estamos creando, sin darnos cuenta, mecanismos de dependencia sumamente anormales… —¿Eh?

—Lo que oyes. En cierto modo, lo que nos ocurre es algo parecido a lo que aconteció en la época en que los grandes señores tenían mayordomos que les solucionaban todo… Hasta que llegó un momento, que fatalmente tenía que llegar, en que no eran capaces de dar un paso sin la ayuda de aquel excelente y extraordinario sirviente.

—Que nunca dejaba de ser sirviente —observó el raso. Yolande frunció el ceño.

Incluso así, con la piel arrugada, no dejaba de ser la mujer más hermosa de la expedición. Su belleza era algo tan consustancial a ella misma, que no podía imaginársela de otro modo.

—No sé… —dijo con aire de duda—. Es muy posible que bajo las apariencias, fuese el mayordomo quien verdadera y realmente mandase en la mansión.

¿Por qué empezó a parecerme todo aquello como algo siniestro? Desde luego, me encontraba nervioso, sin saber ni remotamente la causa, y había empezado a notarlo cuando Yolande habló y que, al mirarla, mis ojos permanecieron demasiado tiempo sobre los hermosos globos de sus pechos que formaban dos eminencias simétricas bajo la tela verde pálido de su traje espacial —Todo eso

me parece una tontería... Después de todo, mande quien mande, el mayordomo es tan humano como sus dueños.

Todo el mundo, estoy seguro, debió percatarse del tono agrio de mi voz. Incluso Jane, mi esposa, me lanzó una mirada cargada de interrogantes.

Pero Yolande, a la que iban dirigidas las envenenadas flechas de mis palabras, no pareció darles demasiada importancia y sin dejar de sonreír:

—No lo creas, Peter —me dijo—. Cuando el mayordomo se percata de que es él quien lleva las riendas de su casa, empieza alegrándose, para después despreciar a sus amos, considerándoles como seres inútiles. Psicológicamente hablando, se trata de una clara inversión, de valores...

Se pasó la mano por el mentón,

—En ciertas obras literarias —siguió diciendo—, se ha estudiado a fondo ese caso, en que el mayordomo es el amo verdadero. Y bajo la sonrisa hipócrita, la reverencia falsamente sumisa, se descubre el dueño y el sádico placer que experimenta al tener en las manos el poder...

Seguía irritado. ¿Por qué? no lo sabía entonces. Pero no pude por menos de inquirir, con el mismo tono agrio de voz que en mi precedente intervención:

—¿Y eso... a qué conclusiones nos lleva, mi querida psicólogo?

—Es muy sencillo —repuso Yolande sin la menor, vacilación—. Sólo deseo que pienses en lo que puede ocurrir si esa inversión de valores se produce en un cerebro electrónico, en un ordenador...

—Pero... ¡eso es imposible!

—Seguro que lo es —repuso ella—. Todo no ha sido más que una broma, amigo mío... Bien sabes que la Psicología no puede aplicarse a las máquinas hechas por el hombre.

El que ahora se retirara no satisfizo en nada mi irritación. Estaba confuso, y de nuevo, sin poderlo evitar, mi mirada descendió desde los senos, a lo largo del vientre liso, hasta la prominencia que se señalaba entre sus muslos.

* * *

El desembarco se estaba llevando a cabo con una regularidad estupenda. «Micrón» había movilizado los medios de a bordo, y los monopropulsores, cargados con todo lo necesario, iban posándose

en el lugar del planeta que había sido elegido por los datos recogidos por los robots-exploradores.

Otros mecanismos semejantes, los robots-constructores, estaban montando la semiesfera que iba a ser nuestro domicilio durante el tiempo que permaneciésemos en aquel mundo, al que de mutuo acuerdo, debido al color curioso de su suelo, habíamos bautizado al unísono con el lindo nombre de Planeta Rosa.

Estábamos aún en la cosmonave, los unos siguiendo el desembarco a través de las pantallas de televisión. Sonia, recostada en un sillón neumático, escuchaba con sus auriculares música clásica. Su esposo Wassili, sentado ante el visor-biblioteca, visionaba complejos microfilms de Química, repletos de complicadas y enredadas fórmulas.

Henri y Jane, mi mujer, en una habitación cercana, repasaban los datos computados, haciendo planes sobre lo que haríamos cuando estuviésemos en el Planeta Rosa.

Cerca de mí, reclinada en un amplio sofá neumático, Yolande, con los ojos cerrados, debía estar pensando quién sabe en qué...

Y yo pensaba en ella.

Soy un hombre lo suficientemente frío como para analizar sin pasión mis propias reacciones. Como biólogo, estoy acostumbrado a buscar en todo acto un trasfondo funcional y orgánico.

Pero ahora, como se dice vulgarmente, no me salían las cuentas.

No consideraba horrendo ni pecaminoso el que experimentase un positivo sentimiento de deseo hacia ella. Por mi sangre, las hormonas masculinas actuaban de forma normal, y era completamente lógico que, en aquellos instantes, mi carne sintiera hambre de aquel cuerpo espléndido.

En nuestro mundo, las relaciones sexuales habían dejado de tener la carga de tabúes que hicieron de la función sexual un problema para las generaciones que nos habían precedido.

Biólogos como yo, psicólogos, educadores, químicos y sociólogos habían contribuido con sus estudios a dar a la sexología un nuevo aspecto, y el único obstáculo que la sociedad seguía imponiendo, quizá con más fuerza que en el pasado, era la concepción, No, no se tenían hijos como antes. Una estricta selección permitía el nacimiento de un nuevo ser, solamente sí ciertas circunstancias se daban, y entre ellas destacaba el mapa genético de los progenitores,

su herencia y lo que de ella iba a resultar para el nuevo habitante de la Tierra.

Gracias a aquella ciudadosa selección, habían desaparecido de la faz de nuestro querido planeta muchas o casi todas las enfermedades, por no decir todas, de aquellas que iban en los genes de los humanos.

No cabía la menor duda de que habíamos conseguido dar a la especie humana una nueva dimensión. Y a medida que las nuevas generaciones iban apareciendo, hombres y mujeres eran más hermosos, más inteligentes y más sanos.

Pero todo aquello no había conseguido arrancar del fondo anímico e instintivo del hombre la fuerza de sus deseos primitivos, y para dar salida a la emotividad por ellos producida, se borraron las barreras morales, haciendo que un hombre y una mujer pudieran amarse con entera libertad y mutuo consentimiento, sin por ello poseer el derecho de tener descendencia. Yo estaba deseando a Yolande. Como nunca, con una fuerza que ni yo mismo acertaba a explicarme.

Naturalmente, para llegar a conseguir mi propósito era necesario que ella me aceptase. Nunca había habido nada entre nosotros, como tampoco sucedió nada entre las tres parejas que formábamos la expedición.

El tremendo trabajo a que habíamos estado sometidos durante el entrenamiento, primero, luego durante la primera fase del viaje, pusieron de lado cualquier tipo de deseo o interés.

Yo mismo estaba demasiado absorto con mi responsabilidad para poder pensar en otra cosa, y menos que en nada en aquel ramalazo de deseo que hacía vibrar ahora mi carne de aquella inusitada manera.

Sonreí, pensando que nuestra complicada civilización no había conseguido, en el fondo, cambiar la potencia de nuestra vida instintiva y que, en ese aspecto, reaccionábamos, seguíamos reaccionando como nuestros antecesores, los hombres de las cavernas.

Yo deseaba ardientemente a aquella mujer.

TIEMPO DE GALAXIA: 000-TRES

Descendimos al planeta cuando la instalación de la semiesfera se hubo ultimado. Teníamos a nuestra disposición todos los medios técnicos para empezar a trabajar en serio.

De nuevo el apasionante trabajo iba a acaparar cada segunda de nuestro tiempo, y por mi parte, me alegré de que así fuera, ya que llevaba bastantes horas sin experimentar aquella sensación turbadora que me había dejado confuso...

Estábamos reunidos ante la gran mesa central, observando los mapas del planeta que habían sido captados por los robots-exploradores y realizados por la sección topográfica de «Micrón»»

—Es curiosa —dijo Henry con un cigarrillo en la boca—. Indudablemente, por los sondeos aéreos de los robots, podemos afirmar de una manera casi rotunda que nuestro amado Planeta Rosa carece de vida... Y lanzándome una mirada divertida. —Eso va a dejarte sin trabajo, Peter. Sonreí a mi vez.

—Queda el misterio de las capas orgánicas de la superficie —repuse—, Y hablando de esto... ¿De dónde demonios habrá salido todo este humus? No hay duda de que se trata de productos de descomposición de organismos vivos..., ¿no es así?

—Todos estamos de acuerdo en eso —dijo Henri—. Si un —día hubo vida en la superficie de este mundo, debió ocurrir algo terrible que produjo su completa destrucción, no dejando más que los restos de una descomposición total...

—Yo quiero investigarlo a fondo —intervino el raso.

Miré a Wassili, y casi enseguida a Sonia, que estaba a su lado, Y de repente, sin pensar en nada, sentí que 3 a sangre se alteraba en mi cuerpo, que un calor agradable lo recorría, y tuve que hacer una verdadero esfuerzo para separar mí mirada de los labios de Sonia Stefanovna,

¿Qué demonios me estaba ocurriendo?

Mi comportamiento sexual era normal, y la noche anterior, antes de que saliésemos de la astronave, había hecho el amor con Jane, quedando tan satisfecho como de costumbre.

Hice un poderoso esfuerzo para alejar de mi mente aquellos conturbadores pensamientos.

—¿Y qué piensas hacer? —le pregunté a Lazarenko.

—Si no veis ningún inconveniente —me contestó—, deseo hacer un pequeño viaje...

Se inclinó para señalar uno de los mapas.

—Como veis —agregó—, hay unas manchas de color casi amarillo, desordenadamente repartidas por la superficie del planeta. De los datos recogidos por los analizadores, se desprende que esas manchas pueden corresponder a estructuras sólidas, seguramente de material mineral, que quiero analizar químicamente.

—Me parece muy bien.

—Esas manchas —prosiguió diciendo Lazarenko—, son la única muestra de la verdadera estructura de este planeta, los únicos puntos que no están recubiertos por los restos orgánicos, por esa especie de espesa capa de estiércol que cubre este curioso mundo.

—Yo también voy a salir —dijo entonces Henri—, pero mi objetivo es distinto. No voy a alejarme mucho, ya que quiero trabajar con sondas... para investigar la estructura geológica del planeta.

—Todo eso es estupendo —dije—, pero yo no pienso salir por el momento. Voy a limitarme a recoger muestras de humus, estudiándolas a fondo... ¿Puedo saber lo que piensan hacer nuestras lindas compañeras de viaje?

Jane fue la primera en contestar.

—También voy a irme —afirmó—. Quiero llevar algunas especies de animales de las que traemos en la nave para ver cómo se desarrollan en la atmósfera del planeta.

—¿Y tú, Sonia? —pregunté a la rusa,

¡Otra vez!

Sus labios, que ahora empezaban a moverse, antes de hablar, se me aparecieron como una fruta deliciosa, en la que me hubiese gustado morder, en aquel mismo instante, con verdadera ansia...

—También saldré —dijo—. Voy a hacer un largo viaje en un

monopropulsor... para estudiar la composición de la atmósfera, así como los detalles de la órbita y demás de este mundo...

—¿Y tú... Yolande?

Se echó a reír.

Una espesa saliva se formó en mi boca, y una vez más noté que las sienes me latían, como si los golpes alocados de mi corazón repercutieran en el interior de mi cráneo.

—¿Qué quieres que haga una socióloga y psicóloga en un mundo sin habitantes? Si no te molesta, me quedaré contigo, ayudándote.

—Gracias.

No pude seguir mirándola, y me volví hacia Jane, al tiempo que me preguntaba una vez más lo que me estaba pasando.

* * *

Debido al enorme volumen y peso del gigantesco microscopio electrónico que poseíamos en la nave y cuyo transporte por medio de los robots era imposible, tuvimos, Yolande y yo, que volver al cosmonavío para examinar las muestras de humus que habíamos cogido del suelo del planeta.

Me concentré en la observación de las preparaciones y lo que vi hizo que se alejase de mi mente cualquier otro tipo de preocupación.

Finalmente, lanzando un suspiro, aparté los ojos de la pantalla para mirar a Yolande.

—No lo entiendo —dije.

—¿De qué se trata?

—Lo que he visto aquí —repuse— no responde a la idea de restos orgánicos..., son excretas...

—¿Excretas?

—Sí. Restos de comida, como diríamos vulgarmente...

—¿Heces fecales?

—No, Yolande... Ni son restos de animales muertos ni excrementos, en el amplio sentido de la palabra. No poseo aún datos sobre la composición química de estas cosas, pero... ¡de verdad que no lo entiendo!

—¿No tienes ninguna idea... ni siquiera aproximada?

—Es que no lo comprendo —insistí—. Tendré que reducir el aumento. Y es lo que voy a hacer.

Trabajé intensamente, pasando a planos más generales; hasta

que, de repente, una exclamación de sorpresa escapó de mis labios.

—¡Cielos!

—¿Qué pasa?

—Pero, fíjate..., he reducido los aumentos al mínimo, ¿y qué es lo que veo?

—Si no me lo dices...

—¡Un neutrón! —¿Eh?

Había una nota de incredulidad en la voz de la mujer de Henri.

—Es cierto, Yolande. Un neutrón, mil millones de veces más grande que los neutrones que nosotros conocemos. ¿Te das cuenta? Si calculamos, por encima, su tamaño, nos encontraremos con átomos visibles á simple vista...

—Pero eso... es materialmente imposible. Que yo sepa y dentro de ciertas variaciones, los átomos tienen un tamaño muy parecido relativamente...

—Es cierto. Pero también lo es que pueden presentarse átomos de tamaño fuera de lo común; más aún, extraordinarios. ¿No ocurre algo parecido entre las células? Las hay gigantescas, como ciertos huevos de aves...

—Es verdad. Pero en el caso de la materia inorgánica las cosas no se salen tanto de su curso.

—Aquí sí, Yolande. Porque si lo que vemos en la pantalla del microscopio electrónico es realmente un neutrón, y si el átomo es muchas veces mayor..., en el caso de que hubiera habido vida en este planeta, ¿qué tamaño alcanzaría una sola célula?

Yolande me miró asustada mientras un estremecimiento recorría su cuerpo.

—Pero... —balbució— todo eso es monstruoso, Peter... Descomunal y horriblemente peligroso... si fuera cierto.

—No lo sé —repuse tras unos instantes de reflexión.

La verdad es que estaba tan atónito como ella. Me costaba mucho calcular los nuevos tamaños de la materia, si es que no me había equivocado al identificar el corpúsculo del microscopio' como un neutrón de extraordinaria talla.

Tenía que salir de dudas, antes de dejarme arrastrar por el desconcierto que me producía aquel inesperado descubrimiento.

—Voy a hacer que «Micrón» calcule la masa y el peso de este corpúsculo —dije a Yolande—. Sólo él puede respondemos de una

manera exacta si nos hemos equivocado.

Programé los datos necesarios, dejando que nuestro portentoso ordenador hiciera el resto. Apartándome de él, me acerqué a Yolande que, vuelta de espaldas, miraba por una de las ventanillas la rosada superficie de aquel mundo.

—Es, sin embargo, hermoso... —dijo ella, al percatarse de mí presencia a su lado.

Miré por encima de su hombro. Lejos de toda fuente de luz, el planeta hubiera debido aparecer sumido en una intensa oscuridad, pero ya habíamos visto desde el principio que estaba rodeado por una especie de aureola muy tenue, pero capaz de hacerlo visible a corta distancia.

—Sí, es verdaderamente hermoso —dije.

Mi mano derecha rozó inadvertidamente la cadera de la muchacha. Como dotada de vida propia, la mano se ciñó a la carne, con dulzura, acariciando suavemente la dura carne mórbida.

Estábamos muy juntos. Por eso, cuando Yolande volvió lentamente la cabeza, su rostro se situó ante el mío, casi rozándolo.

Durante unos instantes me hundí en la profundidad de sus hermosos ojos, mucho más profundos que todo el espacio cósmico que yo conocía. Luego, lentamente, acerqué mi boca a la suya, rozando apenas sus labios con los míos. Permanecimos así un largo instante, mezclando nuestros alientos, percatándonos ambos de la creciente aceleración del ritmo de nuestra respiración.

Bruscamente, pero no sin dulzura, entreabrí la boca y mis labios aprisionaron como un cepo la jugosa textil de su labio inferior. Yolanda me echó las manos al cuello, al tiempo que se volvía por completo, ofreciéndome el contacto global de su cuerpo, que se pegó espasmódicamente al mío...

* * *

El aviso luminoso de «Micrón»: una lámpara intermitente de hermoso color verde, así como la palpitación del zumbador, hizo que nuestra primera larga caricia se cortara. Me separé dulcemente de Yolande, llena aún mi boca del fresco sabor de la suya,

—Perdona..., los datos...

Ella asintió con la cabeza. Tenía las mejillas arreboladas, y de su boca se escapaba el aire con una cierta precipitación. Los ojos le brillaban como miríadas de estrellas en una noche espacial

contemplada desde un cosmonavío.

Fui a recoger la ficha perforada, que introduje en el «traductor». No esperé más que unos segundos, apareciendo en la pantalla los datos que yo había solicitado.

Las fórmulas matemáticas de masa y peso me interesaron mucho menos que la palabra que se encontraba escrita al final de los datos: «Neutrón.»

¡No me había equivocado!

Tuve que hacer un poderoso esfuerzo para ocultar mi emoción. Pero Yolande, a la que daba la espalda, debió percatarse de mi azoramiento.

—¿Positivo? —inquirió acercándose a mí.

Me volví.

Mirándola, me asombré que, con una brusquedad que no esperaba, hubiese perdido toda la brutal atracción que dominaba mi cuerpo instantes antes.

Era como si algo se hubiera roto en mí, uno de esos misteriosos mecanismos de la mente que nos hacen cambiar, dando un giro de 180 grados, en un solo instante.

En realidad, no veía en ella, ahora, más que a un colaborador más…, uno más de los que debían ayudarme a resolver el tremendo problema que acababa de descubrir; un voto en el instante de decidir si debíamos alejamos de aquel mundo turbio… o permanecer en él hasta investigar su significado.

—¿Positivo? —volvió a preguntar Yolande.

Su voz terminó de sacarme del marasmo en el que me encontraba, pero emergí de la preocupación con la angustia que me proporcionaba lo que acababa de saber.

—Sí —repuse con un hilo de voz—. Positivo.

—Eso significa que…

—…Nos encontramos ante algo inconcebible un cuerpo sideral formado por átomos gigantescos, algo que viene a echar por tierra nuestra moderna Física, y especialmente el sentido de medida que hasta ahora dos ha guiado.

—Entiendo…, pero ¿te das cuerna, Peter, de todo lo que puede derivarse de esto?

—Sí. Creo que estoy pensando lo mismo que tú. Imaginemos una sustancia inerte formada por átomos tan colosales, por moléculas

supergigantescas... Entonces, si todo esto se une para formar sustancia viva... ¿qué tamaño podría alcanzar una sola célula? —¡Me da frío pensarlo!

—Y ha habido vida..., la ha habido en este mundo, ya que los restos que cubren su superficie están forma» dos por materias en desintegración... Yolande se pasó la mano por la frente.

—¿Sabes una cosa? —inquirió. Y como yo permaneciera en silencio, absorto en el confuso curso de mis propios pensamientos:

—Estoy muy contenta de que la vida haya desaparecido de este planeta.

—Yo también —dije con entera sinceridad.

* * *

Acabábamos de descender a la esfera-campamento, cuando uno de los aparatos de radar-direccional nos previno que uno de los monorreactores se estaba acercando.

Habíamos dejado a «Micrón», antes de salir de la astronave, un trabajo de programación, ordenándole que calculara los tamaños y dimensiones exactos que podría tener una molécula, basándose en el neutrón que habíamos descubierto.

Muestra esfera-campamento, que los robots instaladores habían montado, era muy amplia, y en el interior de ella se repetían las condiciones atmosféricas y de gravedad de la Tierra, Eso nos permitía trabajar en la superficie de cualquier cuerpo celeste, sin tener que ponemos los complejos y a veces molestos trajes espaciales.

En aquel mundo, cuyo misterio apenas acabábamos de atisbar, el problema más grave era la gravitación, ya que su tamaño era aproximadamente el de nuestra Luna.

Pero, incluso fuera de nuestra esfera-campamento, podríamos movemos con soltura, gracias a nuestros cinturones norma-gravítatorios, que nos proporcionaban el peso adecuado al volumen y gravedad del planeta en cuestión.

Me dediqué a ordenar los datos recogidos en la nave, mientras que Yolande vigilaba la pantalla de radar. No sabíamos quién era el que se acercaba, ya que aún no había proporcionado su identificación.

Miré a la mujer.

Y de nuevo, ahora que mi espíritu se había tranquilizado un

poco, volví a experimentar aquella salvaje oleada de deseo que se había despertado a bordo de nuestro cosmonavío. Mis ojos recorrieron el cuerpo de Yolande, deteniéndose un instante en aquella especie de medallón que colgaba de su cintura dorada.

Como todas las mujeres de la expedición, la esposa de Henri debía llevar aquel objeto, que no era sino un «ginorradiator», un aparato que emitía ondas de una longitud determinada, capaces de detener cualquier proyecto reproductivo.

Al desnudarse, nuestras mujeres dejaban el medallón colgando de una linda cadena que rodeaba su cintura. Y el aparato seguía radiando. Las ondas penetraban en el cuerpo de la mujer y, en el momento de la eyaculación, convertían a los espermatozoides en animálculos incapaces de progresar una sola milésima de milímetro, lo que les impedía llegar hasta el óvulo y fecundarlo.

Be todos los procedimientos anticonceptivos que el mundo había conocido, el ginorradiator era, sin duda, el más inocuo y práctico. No interfiriendo en la buena marcha del organismo de la mujer, no alteraba sus hormonas, así como tampoco influía en el organismo del hombre.

El alto concepto moral y social alcanzado por la humanidad había permitido confiar en cada individuo, en cada pareja, ya que nadie podía permitirse el tener un hijo sin consultar antes con las autoridades, así como con los genéticos, que determinaban si la futura criatura llevaría una carga hereditaria normal.

Á nosotros, creo haberlo dicho antes, se nos había ordenado el no tener descendencia durante el viaje, ya que las condiciones desconocidas de la parte del cosmos que íbamos a visitar, podían dañar al embrión.

Pero, en aquellos instantes, aunque mis ojos estaban fijos en el medallón, no pensaba yo en descendencia de ningún género, y toda mi personalidad estaba empapada en el mero deseo de tener en mis brazos a aquella hermosa mujer.

La llegada del navío de regreso, cuya identificación se produjo momentos antes del aterrizaje, apartó de mi mente las turbadoras ideas que la presencia de Yolande provocaba, y ambos fuimos hacía el túnel de entrada, dispuestos a recibir a Henri, pues de Lebusier se trataba.

El joven geólogo bajó de su aparato, mirándonos con unos ojos

cuya expresión no me gustó nada. Nos sonrió, no obstante, dejando un estuche de plástico que llevaba en la mano, para dirigirse hacia el robot-cocina, al que pidió una taza de café.

Encendió luego un cigarrillo, invitándonos a sentamos junto a él, en una de las salitas de la esfera-campamento.

—Estoy atolondrado —dijo.

Yolande me lanzó una rápida mirada, y yo comprendí que deseaba contar a su esposo nuestro sensacional descubrimiento, pero le dirigí un gesto rogándole que esperase a que Henri contase lo que parecía haberle alterado tanto.

Lebusier lanzó una bocanada de humo; luego, mirándome, dijo:

—Empecé haciendo fotografías con la cámara-sonda, desde una pequeña altura. Esperaba descubrir capas geológicas que me explicasen la composición del subsuelo de este planeta...

Hizo una pausa..

—Ninguno de los aparatos me proporcionó datos satisfactorios. Los indicios metálicos eran muy pequeños. Había cobre, hierro... e igual ocurrió con los metaloides. Descubrí la existencia de azufre, fósforo...

Lanzó un suspiro.

—Finalmente —continuó diciendo— me decidí y, tras haber aterrizado, monté una sonda especial para perforar el suelo y tomar muestras de las capas internas...

De nuevo guardó silencio, al tiempo que una luz extraña se encendía en sus ojos.

Ni Yolande ni yo abrimos la boca, esperando con ansiedad lo que no podía ser más que una revelación extraordinaria, aunque nos preguntamos, in mente, sí lo que Henry iba a comunicamos era tan importante como lo que nosotros sabíamos.

—Lo que salió por el canal de la perforadora —dijo Lebusier— está en el interior de la bolsa de plástico, en dos frascos... de un litro de capacidad cada uno...

—¿Un líquido? —pregunté.

Me clavó en los ojos una mirada intensa.

—Sangre —dijo sencillamente.

TIEMPO DE GALAXIA: 000-CUATRO

—¿Sangre?

La exclamación brotó de los labios trémulos de la mujer, cuyo rostro había palidecido.

También yo abrí la boca, pero no pude decir nada. Me parecía tan imposible, tan absurdo lo que acababa de oír, que no pude articular una sola palabra.

Además, lo que había salido de los labios de Henri no «casaba» con nuestro descubrimiento. No, no podía ser. Aunque lo mejor sería pasar a la fase de comprobaciones, de forma a salir de dudas cuanto antes.

Me puse en pie, yendo a la mesa sobre la que Lebusier había dejado la bolsa. La abrí, sacando los dos frascos que estaban llenos de un líquido rojizo, de un color claro.

—¿Cómo puedes afirmar que esto es sangre? —le pregunté.

Estaba a mi lado, junto a Yolande, que también se había incorporado.

—¿Qué otra cosa puede ser? —inquirió frunciendo el ceño—. Además, aunque no tenía a bordo del monopropulsor más que medios insuficientes, he podido hacer un primer análisis, mientras regresaba, y puedo decirte que ese líquido contiene principalmente hemoglobina.

—La sustancia de la sangre… —murmuró la muchacha.

—No puede ser… —insistí—. Es imposible,

—¿Por qué?

Me mordí los labios y, decidiéndome, le expliqué lo que su mujer y yo habíamos descubierto al analizar el humus que yacía sobre la superficie del planeta.

Nos escuchó atentamente, ya que Yolande intervino en la explicación, no interrumpiéndonos ni una sola vez, pero

manifestando, por la expresión de su rostro, la preocupación que le estaba embargando.

—¡Cielos! —exclamó cuando terminé mi relato—. Tienes razón, Peter... Si un simple neutrón es casi visible por el ojo humano, ese líquido no puede contener un solo glóbulo rojo, que alcanzaría un tamaño mayor que el de cualquiera ele esas dos botellas.

—Y sin embargo —intervino Yolande—, parece sangre.

Henri lanzó un suspiro.

—¿A qué mundo de horror hemos llegado? ¿Qué clase de cuerpo es éste? ¿Es que no os dais cuenta de que todo lo que vamos descubriendo demuestra que hemos tropezado con algo verdaderamente extraordinario?

—Yo diría horroroso —dijo Yolande.

—Si eso es sangre... —tercié—, aunque en principio parece imposible que lo sea..., podría muy bien tratarse de formas de vida que se ocultan bajo el suelo de este mundo, lo que explicaría, al mismo tiempo, la capa de sustancias en descomposición que lo cubre en gran parte.

—¿Que clase de vida puede ser? —pregunto la muchacha, todavía mas pálida.

—Ninguno de nosotros será capaz de imaginarlas. —dijo Henri con expresión sombría

—¿Serán seres inteligentes? —volvió a preguntar Yolande.

—No lo creo —repuse— Pero sigo pensando que el tamaño colosal de la partícula atómica que descubrimos en el humus, impide racionalmente que el líquido que ha traído Henri sea sangre De todos modos, vamos a ir a la cosmonave, a investigar.

—¿Por que no avisamos a los demás? —dijo Yolande—, Por lo que vamos viendo, este mundo de horror puede ser mucho más peligroso de lo que imaginábamos al principio. Si me escuchaseis, haríamos regresar a todos nuestros compañeros, desmontaríamos la cúpula-campamento... y nos instalaríamos, con toda seguridad, en la astronave.

Sonreí.

—No exageremos, Yolande, yo no veo esos tremendos peligros que parecen inquietarte... Y tu Henri?

—Con toda franqueza, no lo sé.

—Lo mejor de tu idea —seguí diciendo— es llamar a los otros.

Hemos de reunimos aquí para discutir lo que hemos descubierto hasta ahora y forjar un plan de acción.

Me dirigí al aparato emisor, enviando un mensaje para que todos los exploradores regresasen cuanto antes.

—Ahora —dije cogiendo la bolsa en la que había introducido los dos frascos—, vamos a la nave... y comprobaremos lo que significa este líquido.

Nos dirigimos hacía el túnel transparente donde nos esperaba un monotransporte que nos llevaría a la órbita donde giraba nuestro cosmonavío.

Primero entró Yolande, seguida de cerca por Henri.

Yo iba detrás.

Y al avanzar hacia la rampa para subir al vehículo, miré al hombre que me precedía.

Y entonces supe que lo haría, que tenía que hacerlo.

Tenía que matar a Henri Lebusier.

* * *

Sentados en la salita del laboratorio, mirábamos la pantalla florescente donde debían aparecer los datos del análisis que la parte química de nuestro «Micrón» estaba llevando a cabo.

Contra su costumbre, Henri estaba fumando mucho, encendiendo cigarrillo tras cigarrillo, como si así pudiera calmar un poco la excitación de su sistema nervioso.

—Esa partícula que habéis descubierto —dijo de repente, rompiendo el prolongado silencio que habíamos respetado desde que llegamos a la astronave—, rompe por completo las leyes del Universo.

—Lo sé —repuse sin más.

—Durante millones de años, ahora lo sabemos, los tamaños de las cosas que existen en el universo, por muy variadas que sean, han seguido una norma absoluta en lo que se refiere a sus más sencillos elementos de composición.

—Es cierto.

—Dentro de variaciones de muy pequeña escala, los átomos son siempre de parecido tamaño, y la prueba de ese axioma la hemos obtenido primeramente en los viajes espaciales llevados a cabo en el Sistema Solar, además del examen, en segundo término, de los meteoritos que han caído sobre la Tierra.

—Nada más exacto.

—Los átomos que componen todos los planetas de nuestro Sistema, desde Mercurio a Pintón, son iguales... Lo mismo ocurre con los átomos de los cuerpos celestes que han caído en nuestro planeta.

—Así es.

—Fuera de ciertos elementos químicos descubiertos recientemente, pero previstos ya en la Tabla de los Elementos, podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la composición de todos los cuerpos que componen el Universo... es idéntica en cuanto a los átomos se refiere.

—«Era» idéntica —apunté.

—Es verdad. Este neutrón, cuya fotografía me habéis mostrado al llegar aquí, echa por tierra todo lo que creíamos saber de la composición del universo...

Moví la cabeza negativamente.

—No estoy de acuerdo contigo, Henri. El que hayamos encontrado algo extraordinario, no cambia en absoluto lo que conocemos de las leyes universales... Es una excepción. —Pero ¿te das cuenta de lo que dices, Peter? Si es una excepción, ¿por qué existe? ¿No será que se está formando otro tipo de universo, completamente distinto al nuestro?

—Este planeta es demasiado pequeño para que lo que dices pueda ser cierto. ¿Qué significa un mundo de apenas el tamaño del satélite de la Tierra, entre millones de estrellas cuya composición es parecida en todo el cosmos?

Se encendió en aquel momento la luz verde, al tiempo que la pantalla se iluminaba.

Nos volvimos hacia ella al unísono, al tiempo que una ansiedad creciente se instalaba en nuestro pecho.

Las fórmulas no aparecieron, como pensábamos, lo que demostraba que no, había nada en aquel líquido, al menos en forma tan complicada como el contenido de nuestra sangre. La voz del «analizador» se dejó oír entonces.

—Se trata de un líquido de transporte — dijo—. Su contenido está formado por átomos gigantescos de una sustancia que podría interpretarse como un derivado del hierro... capaz de transportar oxígeno y partículas alimentarias, así como sustancias de desecho

destinadas a ser eliminadas.

La pantalla se apagó y la voz dejó de oírse.

Nos miramos.

—Es una especie de sangre —dijo Henri.

—Sí —repuse—. Aunque no lo sea, en el sentido en que nosotros lo entendemos, su misión es semejante... Transporte de oxígeno y alimentos, eliminación de desechos...

—Eso quiere decir. —dijo Yolanda— que hay seres vivos bajo el suelo de este planeta.

—Una vida especial... —dije— algo que escapa a todos nuestros esquemas conocidos.

—¿Seres inferiores? —inquirió Henri.

Me encogí de hombros.

—Superior o inferior —dije— no son más que palabras vacías. Todo depende de la posición que ocupe el observador.

—Yo no puedo creer que la vida de este mundo haya alcanzado un alto grado de organización —insistió Lebusier.

—Yo estoy de acuerdo con Henri —terció Yolande—. Debe tratarse de seres inferiores y, desde luego, sin inteligencia.

Uno de los altavoces rompió entonces el silencio que siguió a las palabras de la muchacha.

—Regreso de los monopropulsores. —anunció el megáfono—, Llegada a la base, prevista para dentro de diez minutos.

Yolande lanzó un suspiro.

—Menos mal que vamos a estar todos juntos.

Me levanté, acercándome a uno de los ventanales desde el que podía contemplar la masa rosada del planeta.

Tenía que matar a Henri

La convicción era tan grande, que ninguna otra idea podía asociarse a aquélla. Era una decisión que ocupaba totalmente mi cerebro, sin permitir que mi juicio interviniera.

Debía destruir a Lebusier.

Ningún porqué formulaba mi mente, ninguna explicación era exigida por mí conciencia. Era más fuerte que cualquier otra cosa. Un proyecto concreto, que no admitía dilación alguna.

Porque tenía que hacerlo antes que los demás regresaran.

Mi mano derecha acarició el arma que todos llevábamos a la cintura. Un simple tubo, parecido a una linterna vulgar, pero que

contenía «rayos abióticos», capaces de suprimir la vida en una cortísima fracción de segundo.

Me volví.

No tenía necesidad de un espejo para saber que la expresión que mi rostro enarbolaba en aquellos instantes era la más hipócrita que pueda darse. Una sonrisa toda miel entreabría mis labios, y mi voz, cuando hablé, estaba cargada de inflexiones amistosas.

—Creo que Yolande tiene razón —dije—. Lo mejor es que nos reunamos aquí, en la nave. Deberías ir en busca de los otros, Henri.

—Muy bien.

—Voy a acompañarte hasta la rampa. Espéranos aquí, Yolande.

—Sí.

El tubo neumático nos condujo hasta el piso inferior. No perdí mucho tiempo, y en cuanto desembocamos en la rampa —Henri iba delante de mí—, empuñé mi arma y disparé sin la menor duda.

Lebusier se desplomó blandamente, muerto mucho antes de caer. Siguiendo un plan que ni siquiera había meditado, metí su cuerpo en uno de los propulsores, programando su reactor para un disparo hacia el infinito.

La fuerza del vehículo llevaría el cadáver de Henri a la infinita lejanía de un espacio que recorrería durante un tiempo imprevisible.

Era un muerto en el camino de la eternidad.

* * *

Jane, mi esposa, y Sonia, la mujer de Wassili, estaban consolando a Yolande. El raso y yo estábamos reunidos en la sala-laboratorio, aunque por el momento no habíamos hecho más que comentar el desdichado accidente sufrido por Lebusier.

—Es incomprensible —dijo Lazarenko—. ¿Cómo pudo cometer el error de programar una salida al espacio?

—No lo sé —repuse—. Estaba muy nervioso... con lo que habíamos descubierto.

—De todos modos —insistió Wassili— tuvo que bloquear los sistemas de seguridad, ya que ningún mono— propulsor puede escapar a la órbita de la nave, a menos que se desee, pero ¿por qué lo hizo?

—Lo ignoro.

—Todo esto es muy extraño.

Percibí el peligro que escondían las palabras del raso.

No podía permitir que sospechase. No, en modo alguno debía permitir que la duda se instalase en su mente.

—He pensado mucho en ello… —dije.

—¿Y qué?

—Que sélo encuentro una respuesta a todo esto,

—¿Cuál?

—¿Y si hubiera sufrido una influencia procedente de este maldito planeta?

—¿Qué clase de influencia?

—No lo sé, pero no es la primera vez que se ha producido algo semejante. Como yo, sabes muy bien que se han dado muchos casos de lo que se ha dado por llamar «locura espacial»,

—Es verdad.

—Por otra parte, y eso lo sabes también, Henri era el más sensible de nosotros. En las pruebas psicotécnicas, antes del viaje, dio un alto porcentaje de inquietud…

—Es cierto.

No estaba muy seguro de haberle convencido, pero había apartado, por lo menos, sus primeras y peligrosas sospechas. Y fue entonces, tan bruscamente como me había ocurrido la vez anterior, que se me apareció el nuevo deber que debía llevar a cabo.

Matar a Wassili Lazarenko.

* * *

Salí de la ducha-vapor sintiendo cómo cada fibra de mi cuerpo rebosaba de deseo. Me crucé en el pasillo con Jane que, desnuda como yo, se dirigía por el mismo camino hacia nuestra habitación,
—Querida…

Ella me miró, leyendo en mis ojos el deseo que hacía hervir mi sangre. Frunció el ceño, al tiempo que una mueca de contrariedad se dibujaba en sus labios» —¿Cómo puedes pensar en eso… ahora, Peter? —Te quiero. Sus facciones se dulcificaron un tanto, pero la mueca no abandonó su boca.

—Lo sé, Peter, lo sé. Yo también te quiero, pero piensa en la pobre Yolande, en lo que le ha ocurrido a Henri… No me explico cómo puedes tener ganas…

Alargué los brazos, paseando las yemas de mis dedos por sus turgentes y pequeños senos. Al mismo tiempo, los dos pezones se

irguieron, alzando su rugosa y granulada cabeza por encima de los morenos mamelones.

—Por favor...

—Deja, Jane, te deseo... ¿Qué puede tener eso de malo? Quizá lo quiera para sacar de mí toda la preocupación y la angustia de lo ocurrido, —Como nunca, deseo estar a tu lado, amarte... Sabía que ella iba a ceder.

Como cedía siempre, sobre todo bajo mis caricias. Dejando los globos de sus senos, mis manos descendieron por sus caderas, contorneando suavemente su anfórica incurvación.

—Peter...

—Vamos.

La tomé por la cintura, llevándola hasta el lecho. Al pasar por la puerta de nuestra habitación hice un gesto hacia el tensor y la luz se matizó, convirtiendo la atmósfera en una nube azulada, al tiempo que una música lánguida brotaba del suelo.

—No sé cómo puedes... —repitió una vez más. Pero su voz vibraba, lo que incrementó mi deseo. Me tendí a su lado, y mi boca buscó afanosamente la suya, mordisqueando los gajos húmedos de sus dulces labios. Jane cerró los ojos, suspirando profundamente. Mi mano derecha descendió entonces hacia su cintura y mis dedos tropezaron con la cadenita de oro que sujetaba el «gino-radiator». Y, de repente, mis dedos atenazaron la fina cadena, tirando de ella con brusquedad, rompiéndola con suma facilidad.

Jane se incorporó, desasiéndose de mis brazos, sentándose en la cama, posando en mí una mirada cargada de horror.

—Pero... ¿qué has hecho?

—Ya lo has visto. He roto esa maldita cadena...

—¿Te has vuelto loco?

—No.

—Yo creo que sí. Es faltar a la norma... Sabes muy bien que no podemos tener hijos mientras dure el viaje.

—¡Al diablo las normas! Quiero tener un hijo tuyo..., lo deseo más que ninguna otra cosa en el mundo.

—No sabes lo que dices, Peter... Justamente ahora, cuando nos encontramos en un mundo extraño..., que podría afectar la vida del niño...

—¡Tonterías! No te dejaré salir de la nave. Pasarás un embarazo

perfecto. Además, para evitar molestias, harás unas sesiones de «embrioaceleración». Puedes tener el niño en una semana…

—No es eso, Peter, no es eso… Espera que regresemos. Además, me gustaría un embarazo de nueve meses…

—Casi nadie lo hace, amor mío, ya lo sabes. El «embrioacelerador» evita molestias a la madre… y los niños que nacen bajo su acción son tan hermosos y perfectos como los que producía antes una gestación larga y molesta.

Ella denegó enérgicamente con la cabeza.

—No, Peter. No voy a consentirlo. No, no lo haré. Pienso en mi hijo, y no deseo que nazca aquí, junto a ese planeta horrible. Ya sabes que siempre he querido tener un hijo tuyo, pero podemos esperar, y tenerlo cuando estemos tranquilos, en casa.

—¡Lo quiero ahora!

—¡No!

Saltó del lecho, recuperando la cadenita y la medalla, que se colocó, atando los extremos.

También abandoné yo la cama. Estaba furioso, pero acerté a controlar mi cólera,

—Está bien —dije con una falsa sonrisa—. Perdona, me he dejado ir por un arrebato involuntario, deben ser todas estas cosas que nos ocurren.

Se dulcificó su expresión, y volvió a tenderse en la cama.

—Anda, ven, tonto…

—No, ahora no,

—¿No tienes ganas de hacer el amor?

—No ahora.

—Como quieras. Descansaremos un rato, yo también estoy muy nerviosa… Anda, ve a buscar un comprimido de «dormilina», es la única cosa que puede hacerme dormir.

—Ya sabes que no me gusta que tomes pastillas. ¿Por qué no pones una música hipnótica…?

—Como quieras.

Me dirigí al cuarto de baño, pero cuando mi mano se apoderó del tubo de comprimidos, una sonrisa se pintó en mis labios, y al mirarme en el espejo, comprendí que nada ni nadie iba a impedirme que llevase a cabo mis propósitos.

Volví a dejar el tubo en su s no apoderándome de otro que

contenía comprimidos de «pazolán», un poderoso hipnótico y analgésico cuya duración era de más de doce horas.

Volví al dormitorio y di la pastilla a Jane, que la colocó bajo su lengua, dirigiéndome una encantadora sonrisa.

—Gracias, amor mío. Anda, tiéndete a mi lado.

Lo hice.

—Ya verás. En cuanto hayamos regresado, voy a darte el hijo más hermoso que jamás hayas podido desear...

—Lo sé, Jane...

Sus ojos se cerraban ya.

Encendí un cigarrillo. Y sonreí Porque estaba seguro de estar haciendo las cosas como deseaba hacerlas.

Nadie podría evitarlo.

Tendría un hijo de Jane antes de una semana.

TIEMPO DE GALAXIA: 000-CINCO

—Pero ¿qué le ocurre?

Sonia me asaeteaba a preguntas. Desde que nos habíamos sentado, en una sala de la cúpula-campamento, mientras Yolande iba al robot-cocina para recoger el desayuno programado para los tres, la mujer del raso no dejaba de hacerme preguntas.

—Ya te lo he dicho —repuse luchando para no demostrarle mi mal humor—. Algo semejante a lo que le ocurrió al pobre Henri. Tendencias demenciales o, si lo quieres mejor, fuertes alucinaciones. Le he dado un sedante, colocándole luego el casco de «integración psíquica».

—Deberías haber pedido consejo a Yolande —insistió la rusa—. Ella es psicólogo... y podría ayudar a Jane mejor que tú, ¿no es cierto?

Me mordí los labios.

«¡Maldita entrometida! —pensó—, ¿Por qué metes las narices donde no te importa...?»

Y en voz alta y sumisa:

—Es cierto, Sonia, tienes razón, pero no pensé en ello. Por otra parte, tenía al alcance de la mano los medios suficientes para resolver el problema. Como te he dicho, le di unos comprimidos y la coloqué bajo el «integrador psíquico». Unos pocos días de ese tratamiento... ¡y estará como nueva!

—No me gusta nada el sesgo que está tomando este viaje... —rezongó—. Primero, Henri, y ahora tu mujer... ¿Por qué no envíás un mensaje a la Tierra?

—¿Para qué?

—Para que cancelen esta expedición.

—¿Has perdido la razón? Nos eligieron entre los más capaces... y ahora quieres que nos demos por vencidos, antes de haber hecho

algo positivo,

—Lo de Henri...

—Ha sido un desgraciado accidente, que no es la primera vez que ocurre...

—Me estremezco al pensar en cómo lo estará pasando el pobre en estos momentos.

—Puede que consiga hacer volver el mono-propulsor.

—¡No digas tonterías, Peter! —protestó iracunda la rusa—. Una vez puesto en marcha el dispositivo de lanzamiento continuo, el computador se bloquea y la aceleración es tan grande... que no hay quien la resista...

Lanzó un breve suspiro,

—Ya sabes que ese mecanismo se inventó para proyectar fuera de cualquier tipo de órbita a los fallecidos en el curso de una expedición espacial. La historia del cosmos está llena de ejemplos de ese tipo. Antes, se lanzaba al muerto al espacio y giraba alrededor del cosmonavio, produciendo una angustia indecible a los que le contemplaban desde el interior de la nave espacial Por eso se pensó en la manera de deshacerse de esa desagradable y deprimente visión.

—Sí, ya lo sé. En cierta manera, es algo como lo que hacía hace siglos, cuando aún había barcos sobre los mares. Se lanzaba a los muertos con un peso en los pies, para que se hundiesen lo más rápidamente posible en el océano,

—Sigo sin comprender cómo Henri pudo pulsar el mecanismo, bloqueando el otro,

—Quizá deseaba hacerlo...

—¿Te has vuelto loco? Henri era un hombre normal, feliz, profundamente enamorado de Yolande..., un hombre de ciencia que había obtenido cuanto podía desear,

—La mente humana está llena de misterio.

—¡Cuentos! Antes de salir, pasamos una temporada entre psicólogos, y ninguno de ellos descubrió en nosotros el menor trauma, el más pequeño complejo.

La llegada de Yolande cortó afortunadamente aquella conversación, que me estaba produciendo una desazón desagradable.

—¿No se sabe nada de Wassili? —inquirió la hermosa mujer,

sentándose a nuestro lado.

—No —repuso Sonia—, pero no tardará en comunicarse con nosotros.

—Lo que no entiendo —intervine— es por qué decidió irse, sabiendo que deseábamos estar todos juntos.

Una chispa de orgullo se encendió en los ojos de Stefanovna.

—Mi marido no es de los que admiten derrotas —dijo— Se ha propuesto descubrir el misterio de este planeta.., y desea hacerlo a su manera.

—No es la manera correcta —dije con un cierto ironismo en la voz—. Después de todo, deberíamos trabajar en equipo…

—Wassili lo conseguirá —dijo Sonia sin prestar atención a mi crítica—. Hace cinco años, cuando fue a Venus, realizó un trabajo maravilloso. Es, sin duda, uno de los mejores químicos que existen en la actualidad…

Se dirigía a Yolande, empezando a contarle, con toda clase de pormenores, las hazañas de Lazarenko. Yo, mientras desayunaba, la contemplé de reojo, percatándome de que a pesar de su aire de orgullo seguía siendo una mujer muy hermosa, y viendo el ardor que ponía en cada una de las palabras que pronunciaba, la imaginé en la cama, llena de pasión, enloquecida de deseo…

¿Por qué no? Yolande podía esperar. Era cierto que el deseo que experimentaba junto a la viuda de Henri Lebusier no hacía más que crecer… pero, por muy maravillosa que Yolande fuese, Sonia era una hembra espléndida, y hacia ella iban ahora mis miradas.

Por otra parte, Sonia empezaba a convertirse en un personaje molesto, cargado de sospechas, y sobreentendidos. Y cuando Lazarenko regresara, los dos juntos eran muy capaces de empezar a crearme dificultades.

La marcha imprevista del ruso había cortado de raíz mi plan, ya que pensaba eliminarle como había hecho con Lebusier. Necesitaba, lo sabía ahora, quedarme solo con las tres mujeres, hacia las que había establecido ciertos planes muy concretos.

Sí, Sonia se ofrecía a mí como una cosa apetitosa, y me prometí pasar a su lado momentos muy agradables. Claro que tendría que repetir lo que había hecho con Jane, puesto que estaba seguro que la rasa no me haría, voluntariamente, un sitio en la cama.

Mientras que Yolande…

Quise probar. No era el momento oportuno,'pero valía la pena intentarlo.

Avancé cuidadosamente mí píe, hasta que tropecé con uno de los de Yolande. Detuve el impulso, esperando ansiosamente su reacción. Debió percatarse de mi maniobra, ya que me lanzó una rápida ojeada, aunque se volvió de nuevo hacia la rusa, que seguía contándole lo maravilloso que era Wassili Lazarenko,

Avancé un poco más mi pie,

Y entonces, de repente, sentí que lo aprisionaban los dos pies de la hermosa muchacha. Aumentó la presión del lindo cepo que había capturado mi pie, mientras que mi corazón se henchía de gozo.

Lo sabía.

Estaba seguro de que Yolande admitiría mi seña, mostrándome así su deseo de no pasar todas las noches sola.

Era una primera victoria, la más hermosa de todas las que componían mi plan particular. Pero, de todos modos, Yolande tendría que esperar. No mucho. Primero me encargaría de Sonia. Y antes de que muchos días transcurrieran, quizá antes de que su esposo regresara...

...Sonia Estefanovna y yo tendríamos un hijo.

* * *

No se puede hablar de noche ni de día en el Planeta Rosa, pero para evitar esas dificultades en el curso de los viajes espaciales, tanto en las astronaves como en las cúpulas-campamento existen mecanismos que reproducen días y noches, de forma a procurar a los viajeros cósmicos un ritmo de existencia que no altere su forma de vida en la Tierra.

Una cadena de «lumigínicos» disminuye o aumenta la intensidad de la luz, haciendo que en el interior del campamento surja una noche artificial que invita al sueño y al descanso, sean cualesquiera las condiciones del exterior.

Aprovechando la llegada de aquella «noche», y cuando Yolande y Sonia se hubieron retirado a sus respectivos dormitorios, me dirigí a la rampa de lanzamiento, subiendo a uno de los mono-propulsores, que me condujo en pocos instantes a la cosmonave»

Una vez en la nave espacial, me dirigí a nuestros apartamentos, los de Jane y yo. Como todas las habitaciones particulares, la mía estaba dotada de una cerradura «digital», lo que quiere decir que

bastaba con poner sobre la placa mi dedo índice para que la puerta se abriese, produciéndose únicamente este efecto cuando el analizador identifica mi huella dactilar o la de mi esposa,

Así, por lo menos, estaba seguro de que nadie podía entrar en aquel lugar.

Lo que más trabajo me había costado fue trasladar a mi alcoba el «embrioacelerador», un aparato de grandes dimensiones, una especie de lecho, con una cúpula plástica cubriéndolo por entero, y una especie de ventosa que se aplicaba al vientre de la mujer para incrementar los procesos de la gestación.

Tuve que reclamar los servicios de dos robots-transportadores para llevar el aparato a mi apartamento, lo que me obligó a programar el «servicio», haciendo que el cerebro controlador de todo lo que pasaba en la astronave, interviniese en aquello.

Pero no me importaba ni poco ni mucho que «Micrón» se «enterase» de lo que estaba haciendo. Después de todo, no era más que un ordenador cuya misión, por muy complicada que fuera, no llegaba hasta juzgar lo que los humanos le ordenaban hacer.

Jane estaba bajo la cúpula, en estado inconsciente, bajo los efectos de las dosis de «dormilina» que yo le daba cada doce horas. Su vientre había aumentado considerablemente de tamaño, y el lector digital del aparato me señaló que el embarazo estaba ya en el quinto mes de desarrollo embrionario.

Me froté las manos.

Todo iba como yo deseaba: viento en popa. Lo único que hubiese podido estorbar el desarrollo de mi plan era Wassili, pero el ruso —y yo sabía lo cabezota que era—, no regresaría hasta haber descubierto algo… o haber muerto, lo que constituiría la mejor solución con la que podía soñar.

Contento de ver la marcha de la gestación de Jane, regresé a la base, esperando que allí también hubiesen seguido las cosas el curso que personalmente me convenía.

Después de la cena, mostrando una caballerosidad y una galantería exquisitas, fui al robot-cocina, transportando a la mesa las tazas con las infusiones que solíamos tomar después de la comida de la noche.

Naturalmente, había echado un medio comprimido de «dormilina» en cada taza de mis dos lindas acompañantes: en la de

Yolande para que no despertara, ya que había manifestado su deseo de dormir en el mismo cuarto que la rusa, aludiendo que pensaba mucho en su difunto marido y que le daba un cierto reparo dormir sola.

La «dormilina» en la taza de Sonia tenía otro propósito muy distinto.

La base estaba sumida en un silencio reconfortante. Por fortuna, los cuartos del campamento no estaban dotados de cerraduras «digitales», lo que me permitió colarme en la habitación donde, en dos lechos distintos, dormían las dos mujeres.

Yolande se había instalado en un extremo de la estancia. Una luz azulada, difusa, dulce, flotaba en el ambiente, que una música lenta llenaba con sus armonías pausadas. En el gran lecho matrimonial, construido enteramente con material neumático, Sonia aparecía, en una desnudez arrebatadora. Sobre su piel morena, la cadenita y la medalla del «ginorradiador» rompía, aunque de manera hermosa, la desnudez enervante de la rusa»

El deseo aceleró mi pulso, llevando los latidos de mi pecho hasta mis sienes. Me desnudé aprisa, casi precipitadamente, tendiéndome luego al lado de Sonia, cuyo cuerpo empecé a acariciar.

Nunca había hecho aquello. Jamás obré de tal manera... si había algo de lo que pudiese vanagloriarme, era precisamente de dar al acto de hacer el amor la dimensión consciente y consentida de mi pareja.

Pero algo que ni siquiera me atrevía a analizar me impulsaba a hacer las casas de aquella forma, tomando ladinamente un cuerpo del que me hubiese gustado gozar de una manera bien diferente. No me quedaba otro remedio, lo intuía, de cambiar el destino, Y poseí a Sonia cuajado de ilusiones, pensando en lo maravilloso que hubiese podido ser sí la rusa me hubiera mirado con sus bellísimos y grandes ojos...

* * *

Coloqué el medallón y la cadena alrededor de las caderas de la Stefanovna, después de llevar a cabo lo que tenía que hacer.

Tentado estuve de ir a la cama de Yolande; pero, a pesar del placer que acababa de obtener, no estaba, ni mucho menos, contento conmigo mismo. Con una mueca amarga en la boca, abandoné la estancia, dirigiéndome al gran salón, donde pedí al

robot-cocina que me preparase una bebida excitante.

La necesitaba.

Estaba deprimido y no conocía el motivo.

Desde luego, me hubiese gustado conocer los profundos motivos que me empujaban a obrar de aquel modo; pero, cada vez que intentaba orientar mi razonamiento en aquella dirección, me tropezaba con una barrera infranqueable, un muro mental que me impedía dar un solo paso hacia adelante.

La bebida me causó el efecto esperado, y mis temores se disiparon, apoderándose de mí una positiva euforia. Como estaba lejos de sentir el menor sueño, me sentí incapaz de quedarme allí, preguntándome por qué yo era el único, además de Yolande, que no había emprendido viaje alguno sobre el planeta.

No tardé en decidirme. Tras comprobar que el mono-transportador estaba dotado de todo lo necesario y de que mí arma particular pendía de mí cinturón, salí de la cúpula, sobrevolando a poca altura la tierra rosa del planeta que, como ya he dicho, despedía una cierta fosforescencia.

No me impulsaba ninguna clase de curiosidad científica, ni el afán de llevar a cabo una investigación. Estaba lejos de la misión que nos había traído allí, al otro lado de la frontera del Sistema Solar.

Viajaba por puro placer.

¿O no era así?

Pensé, mientras mi artefacto sobrevolaba el planeta, si mi deseo no era mucho más concreto de lo que yo mismo me atrevía a confesar. ¿Había salido únicamente por dar un paseo? ¡No!

Iba en busca del ruso.

No había abandonado ni un solo instante el deseo que tenía de hacer desaparecer a Wassili Lazarenko. Y si todo aquel tiempo la idea se refugió en las hondas capas de mi subconsciente, ahora estaba allí, en plena conciencia, impeliendo mí ansia de terminar de una vez para siempre con alguien que se me antojaba ser un testigo verdaderamente molesto.

Y peligroso.

Estaba casi seguro que Wassili sospechaba algo en relación con la desaparición de Henri Lebusier. Resultaba evidente que era muy difícil el que un hombre anulase los controles de seguridad de un

pequeño navío espacial, con intención de suicidarse.

Sonia tenía toda la razón del mundo al afirmar que Henri era incapaz de suicidarse. Como cualquiera de nosotros, había recibido una educación psíquica que coartaba cualquier idea de autodestrucción»

Le había matado yo.

Como acababa de poseer a su esposa, como había obligado a la mía a empezar una gestación que no esperaba. Cómo pensaba hacer con Yolande, aunque en otra dimensión amorosa.

¿Por qué?

Escapando unos instantes a la presencia de aquella famosa barrera mental, tuve la terrible impresión de que estaba dejando de ser yo mismo,

¡Y me estremecí!

Ninguno de los actos que había llevado a cabo en las últimas horas había salido de mi voluntad. Ni la muerte de Henri, ni lo que había hecho con Jane, ni lo que acababa de hacer con Sonia.

¿Entonces?

Estuve a punto de lanzar un grito de terror. Pero, de la misma manera que había conseguido, en un cortísimo instante de lucidez, hacer desaparecer la barrera, el muro reapareció, más sólido y alto que nunca, al mismo tiempo que mi mente se vaciaba, olvidando instantáneamente todo lo que acababa de pensar.

De todos modos quedo en mi conciencia un resquemor, una amargura que tardó bastante tiempo en disiparse. Poco a poco, no obstante, olvidé por completo mis recelos, volviendo a sentirme tan seguro de mí mismo como cuando llevé a cabo las fases de un plan que, ahora lo sabía, nada ni nadie podría impedir o tergiversar.

La superficie del planeta desfilaba bajo mí como una interminable alfombra de lindo color rosado. No vi, aunque observé las cosas con atención, nada que cambiara el monótono paisaje, la unida superficie de humus, completamente idéntica a la que rodeaba nuestra base.

Pensé en Sonia, y en la manera de trasladarla al «embrioacelerador» en cuanto sacara del aparato a Jane. Tenía la idea de que los dos niños no eran suficientes para algo que no comprendía, y que sería necesario que repitiese la experiencia con Yolande.

Y fue entonces, cuando el aparato describió una ligera curva, que los vi.

Los vi.

Eran aproximadamente un centenar. Iguales. Idénticos. Como gemelos. Y todos ellos repetían hasta la saciedad los rasgos y la silueta de Wassili.

¡*Eran un centenar de Lazarenkos que avanzaban por la rosada superficie del Planeta*!

Segunda Parte

«LA SOLUCION»

«La vida es una lucha contra lo inerte; una desesperada pelea; una chispa que se defiende contra el mundo de las tinieblas. Allí donde pueda, donde encuentre condiciones reales para su desarrollo, la Vida impondrá su presencia, sin importarle la longitud del camino que habrá de recorrer, sin preocuparle el tener que pasar por una creación de monstruos, con tal de llegar a alcanzar la meta de situar criaturas inteligentes en las aisladas islas del espacio.»

Alan Comet

TIEMPO DE GALAXIA: 000-SEIS

Estaba amaneciendo en el interior de la cúpula-campamento. Las dos mujeres dormían aún, igualmente desnudas, idénticamente hermosas…

Me detuve un instante en el umbral de la puerta, yendo mi mirada de un cuerpo al otro, como si intentase superponerlas en una doble imagen. Noté enseguida que mi ánimo no estaba para divagaciones o juegos amorosos» Me volví, dirigiéndome al salón, solicitando antes de tomar asiento un copioso desayuno al robot-cocina.

Entre sorbo y sorbo de café, después de haber ingerido el resto del desayuno, repasé mentalmente lo que había visto, planteándome una vez más la pregunta que me había dirigido cien veces durante el regreso en el monopropulsor.

¿Qué significaba todo aquello?

Ni un solo instante dudaba que lo que había visto no era alucinación. Recordaba perfectamente que había sobrevolado aquel increíble desfile, acercándome todo lo posible a las imágenes repetidas de Lazarenko.

En una de las pasadas que hice sobre aquella masa de hombres idénticos, ellos debieron percatarse de mi presencia, ya que, al unísono, como soldados obedientes a una orden superior, alzaron el puño cerrado hacía mí, mirándome con ojos cargados de odio.

¡Cientos de ojos cargados de odio! ¡Un centenar de puños amenazadores alzados hacia mí!

En aquellos instantes, lo recuerdo ahora perfectamente, me sentí inmensamente frágil, tremendamente débil, y hasta mi vehículo perdió la seguridad de su potencia, no recuperándola, al mismo tiempo que yo la tranquilidad, más que cuando lo aceleré al máximo, escapando de aquella visión de pesadilla.

Porque ahora sabía una cosa:

¡*Wassili Lazarenko me odiaba*!

El raso había llegado a la conclusión de mi culpabilidad en la desaparición de Henri Lebusier. Estaba seguro de que había sido yo quien puso en marcha el mecanismo de proyección hacia el espacio lejano.

Y ahora regresaba para vengarse, para hacer justicia.

Y no venía solo. Es decir, venía solo y, al mismo tiempo, multiplicado por cien. Un verdadero ejército que ocuparía-la base, invadiendo luego el cosmonavío.

Una concreta sensación de peligro me invadió, al tiempo que mi cuerpo se cubría de sudor helado. Tenía que hacer algo, y mi cerebro se puso a trabajar a toda velocidad, tejiendo un plan concreto para evitar que aquella masa de rusos repetidos llegara a conseguir sus propósitos.

Ni un solo instante pensé en cómo podía haberse producido aquel extraño prodigio. Mi interés científico había desaparecido, pero no por indiferencia, sino porque, en el fondo, aunque de forma inconsciente, era como si *lo supiera todo*.

Noté que tenía miedo. Cada vez que pensaba en la masa de criaturas iguales, avanzando por la rosada superficie del planeta, sentía una sensación de vacío en el estómago. Nunca me han gustado las masas, y desde muy pequeño, he procurado alejarme de las grandes manifestaciones humanas, de las gigantescas concentraciones de gente entre las cuales experimentaba la álgida sensación angustiosa de haberme convertido en una hormiga más...

Dispuesto a entrar en acción, pero sabiendo en mi interior que no abandonaría la misión, sin saber específicamente de qué misión se trataba, empecé por trasladarme a la astronave, dispuesto a programar un plan ele defensa, con la ayuda naturalmente de «Micrón», al que daría instrucciones concretas.

La base tenía que ser defendida ante todo, y aunque los mecanismos que la protegían eran verdaderamente formidables, yo no podía olvidar que Wassili era uno de los nuestros, que conocía la forma de evitar los obstáculos, y que no le iba a ser nada difícil llegar hasta el campamento, a través de los sistemas de intercepción extendidos a su alrededor.

El monopropulsor penetró en el túnel, deteniéndose momentos

después. Bajé del vehículo, dejando que un tubo de aspiración suave me llevase hasta la planta tercera. Una vez allí, tomé por uno de los pasillos, dirigiéndome a la zona donde estaban ubicados nuestros apartamentos.

La puerta estaba abierta.

Fruncí el ceño. Nadie, excepto mi esposa, podía atravesar aquella puerta, ya que sus huellas dactilares y las mías eran las únicas capaces de impresionar el complejo tensor de la cerradura.

Sólo en caso de gran emergencia y con todas las huellas de los viajeros de la nave, podía «Micrón» modificar las tensiones de la cerradura de cualquier lugar, de forma a salvar al que hubiese quedado encerrado en una dependencia.

Pero esto era absurdo. Yo sabía exactamente que no había en el cosmonavío más persona que Jane. Las otras dos mujeres dormían en la base. Henri había desaparecido... y el ruso, multiplicado por cien, seguía avanzando por el suelo coloreado de rosa del planeta.

Penetré en el sector reservado a Jane y a mí apretando el paso para llegar cuanto antes a nuestra habitación. Allí estaba el «embrioacelerador».

Vacío.

Recorrí todas las dependencias, comprobando que mi mujer no estaba en ninguna ele ellas. Volví luego a la alcoba, examinando con detenimiento el aparato en el que había metido a Jane. El dial de progresión embrionaria marcaba el final del embarazo. Del otro lado, los mecanismos que dirigían el parto mostraban haber funcionado con completa normalidad. Un círculo azul dibujaba el signo femenino con el que los biólogos señalamos el sexo femenino.

Jane había dado a luz una niña.

Pero ¿dónde estaban, ella y la criatura? ¿Cómo había podido salir de allí, escapar sola del aparato que, como yo sabía, sólo podía abrirse desde fuera?

Durante un instante, una idea terrible atravesó mi mente. Pensé que uno de los rusos —podía haber muchos más de los que yo había visto en la llanura rosada— había alcanzado la nave, sirviéndose de un mono» propulsor, liberando a mi mujer y llevándosela, empezando de este modo su salvaje desquite.

Y era muy posible que estuviesen aún a bordo.

Empuñé mi arma, dispuesto a recorrer el navío de arriba abajo,

con la idea concreta de matar a cuantos Wassili me tropezara en el camino.

Tres largas horas duró el intenso y exhaustivo registro que llevé a cabo en la nave. No encontré a nadie. Era evidente que Jane, la niña y el desconocido liberador habían desaparecido, saliendo del cosmonavío.

No tardé en comprobar que había sido un estúpido al no empezar por revisar el parque de vehículos monopropulsores. Al hacerlo ahora, comprobé que faltaba uno.

Eso quería decir que Jane, la pequeña y su cómplice habían salido de la nave.

¿Se habían dirigido a la base? ¿Nos habíamos cruzado en el camino? Si estaban en el campamento, ¿no sería para facilitar la invasión por parte de la masa de rusos que avanzaba hacia ella?

Tenía los nervios a flor de piel.

Be todos modos, me dije, nada iba a adelantar quedándome allí. Lo mejor era presentarse en la base, liquidar a quien fuera y organizar la defensa contra la masa de terribles complicaciones de aquel hombre, Lazarenko, al que yo odiaba ya mucho más de lo que él podía odiarme a mí,

Cuando dejé la rampa de arribada en la base, llevaba mi arma en la mano.

Penetré despacio, con los cinco sentidos al acecho. No obstante, un silencio apacible reinaba en el interior de la gran cúpula. Al asomar la cabeza, tras atravesar el pasillo de entrada, a la sala comedor, vi que las dos mujeres estaban sentadas a la mesa, desayunando.

No había nadie más.

Esperé, sin embargo, unos cuantos minutos, hasta convencerme de que estaban completamente solas. Guardando el arma en su estuche, penetré en la estancia.

—¡Hola!

Se volvieron para mirarme. Yolande, como siempre, con una hermosa sonrisa en la boca; Sonia con el ceño fruncido, aunque también sonreía.

—¿Has desayunado ya? —preguntó Yolande.

—Sí —repuse sentándome a su lado—. He ido a ver a Jane...

—¿Cómo está? —se interesó enseguida la rusa,

—Mejor.

Respondí sin dar mucha importancia a mi forma desusada de mentir. Estaba, en realidad, preocupado por lo que había visto en el planeta y recordando que, con la desaparición de mi mujer, no recordé reforzar las defensas de la base; me puse interiormente furioso.

Justo en aquel momento, como si desease echar aceite al fuego, Sonia dijo, con una sonrisita de suficiencia:

—Tengo una intuición.

—¿De veras? —inquirí.

—¿Qué clase de intuición? —preguntó a su vez Yolande.

—Tengo la seguridad, la certeza, de que Wassili va a regresar de un momento a otro…

Estuve a punto de soltar una carcajada.

—¿Le echas mucho de menos? —pregunté con un cierto tono burlón en la voz.

Me lanzó una mirada terrible.

—¡Pues claro que le echo de menos! Es un hombre maravilloso… desde todos los puntos de vista…Me falté muy poco para decirle que si lo que deseaba era acostarse con el raso, no iba a haber espacio suficiente en la cama, ni en la base entera, para albergar a los cien Wassili que se acercaban por la llanura.

No le dije nada.

¿Para qué? Yo había probado aquel cuerpo estupendo, y estaba satisfecho de lo que había conseguido amándola. Lo que me preocupaba era la posibilidad de seguir mi plan, llevando a Sonia a la nave, para colocarla bajo los efectos del «embrioacelerador».

Necesitaba urgentemente un niño.

Ahora que Jane había tenido una niña, algo en mi interior me dictaba el deber de tener un varón. Y si esta vez me equivocaba de nuevo, Yolande vendría a solucionar el asunto.

Estábamos muy lejos de la Tierra. Allí era posible desde casi hacía dos siglos de elegir el sexo de la criatura que estaba uno autorizado a tener. Desde que se controlaba con una perfección creciente el mapa cromosómico, la variación de los cromosomas sexuales era sumamente sencilla.

Aquí, como en la Antigüedad, teníamos que regirnos por el cálculo de probabilidades, lo que daba aproximadamente, en 100

nacimientos, un 50% de cada sexo.

¿Por qué había dejado de pensar en Jane como si ya no corriera peligro alguno? Ni siquiera me preocupaba el pensar que alguien debía haber debido ayudarla a salir del aparato.

Una vez más la paz se instaló en mí. Y esbozando una sonrisa, dirigida especialmente a Yolande, sentí de nuevo crecer en mí la fuerza del deseo que me empujaba hacia aquella maravillosa mujer.

Fue poco después, mientras fumábamos sendos cigarrillos, cómodamente instalados en los sillones neumáticos del salón, cuando los primeros golpes resonaron sobre la cubierta de «plasticina» de la cúpula de nuestra base.

Fue Sonia la primera en reaccionar, quizá porque también fue la primera en ver el rostro del hombre que golpeaba con los puños la pared transparente.

—¡Wassili! —gritó—. ¡Está ahí afuera!

Corrió, abandonando su sillón, hasta que al llegar junto a la pared del salón, vio que no era un solo Lazarenko quien aporreaba el muro con los puños cerrados.

Eran muchos, docenas de ellos, absolutamente idénticos, como si la imagen de Wassili se reprodujera hasta el infinito, en una serie de espejos paralelos,

—¡Peter! —gritó Stefanovna abrazada a mí—, ¿Qué ocurre?'¿Qué significa eso?

—No lo sé... —repuse sintiendo el placer que me procuraba tener a mi lado a aquella espléndida criatura, —Pero... ¿cuál es mí Wassili?

—Imposible saberlo..., creo que todos son iguales, pero exactamente extraños.

Teníamos que hablar a voces, ya que todos aquellos puños golpeando salvajemente y al mismo tiempo producían un estrépito tremendo.

Pensé que, tal y como yo temía, las defensas de la base no habían funcionado, ya que jamás actuaban ante la presencia de criaturas que sus sensores calificaban como miembros de la expedición. Programados con el poder de identificar nuestras «sustancias corporales», confundieron la presencia del repetido raso, sin que se desencadenasen los mecanismos de destrucción.

No cabía la menor duda de que ya era demasiado tarde para

modificar los sistemas, lo que quería decir, sencillamente, que nos hallábamos en una verdadera situación de peligro.

Instintivamente eché mano a mi arma, y fue entonces cuando, acercándome al muro, tras el que gesticulaba, cien veces repetido, el rostro colérico de Wassili, miré a la cintura de todos ellos, comprobando con gran satisfacción que ninguno de ellos llevaba ni funda ni arma como la que llevábamos todos nosotros.

Era evidente que las «copias» no resultaban completamente exactas al original, y que el mecanismo, o lo que tuera, que había conseguido tan sorprendente repetición, cuerpos, uniformes y demás, no había sido capaz de copiar nuestro instrumento «abiótico».

Detrás de mí, ahora en los brazos de Yolande, Sonia lloraba desconsoladamente, habiendo perdido seguramente la ilusión de descubrir, entre todos aquellos Lazarenko, al hombre de su vida.

¡*Yo no había perdido esa esperanza*!

Al contrario, era justamente lo que estaba esperando, y me felicitaba interiormente al haber pensado en el arma, que ninguna de aquellas copias del raso poseía.

Sólo el verdadero Wassili debía estar armado...

¡Tenía que encontrarle!

Recorrí la muralla, sin hacer caso de los golpes, y sin oír los gritos de rabia que aquellas criaturas debían lanzar. Mis ojos ansiosos recorrían las cinturas, saltando de una a otra.

Nada..., nada..., nada..., nada...

Hasta que bruscamente... ¡allí estaba-el ruso! Era formidable que su aspecto y expresión no se diferenciasen en absoluto de la de los falsos Wassili: sus ojos brillaban con la misma rabia. Y sus puños golpeaban el plástico con idéntica cólera,

Nos miramos.

Entonces descubrí que en el fondo de las pupilas había una chispa de decisión inteligente que no había visto en los ojos de los otros. Y cuando vi que echaba mano a su arma, comprendí que había adivinado mis intenciones, estando dispuesto, si podía, a eliminarme antes de que yo hiciera lo mismo con él.

Por fortuna, como ya dije antes, yo llevaba el arma en la mano. Sabía que la barrera de plasticina no iba a impedir que la radiación llegase hasta el otro. Y disparé, con una sonrisa en los labios, seguro

de que iba a conseguir mi propósito.

Se desplomó, cayendo a los pies de los otros que, sin parecer darse cuenta de nada, continuaron golpeando el muro y gritando como energúmenos.

El miedo se alejó de mí. Algo interior me decía que el peligro acababa de desaparecer, y que mi disparo había puesto fin a una situación delicada. No me equivocaba.

De golpe, vi que los cuerpos de los falsos Wassili se disolvían, se desintegraban, cayendo a chorretones, como figuras de cera sometidas a un excesivo calor.

Era incapaz de explicar lo que estaba viendo, como todo lo que había ocurrido en aquel planeta desde que llegamos a él, pero aquella tremenda seguridad interior me bastaba para sentirme de nuevo fuera de peligro.

Era una extraña sensación... Como si lo supiera todo. No obstante, ninguna de las preguntas que me formulé interiormente obtuvo respuesta.

En pocos minutos los asaltantes se habían disuelto... y, cosa curiosa, el único cuerpo entero que quedaba al otro lado del muro transparente era el del verdadero Wassili Lazarenko.

Volví la espalda a la pared de «plasticína», acercándome a las mujeres,

—Se han ido —anuncié.

Estaba dispuesto a impedir que Sonia se acercase a la pared y viera el cuerpo de su esposo. Pero no hizo falta mi intervención. Stefanovna alzó su rostro húmedo por el llanto.

—Quiero regresar a la nave —dijo.

TIEMPO DE GALAXIA: 000-SIETE

Antes de que abandonase la base en compañía de Sonia, que parecía más abatida que nunca, pude cambiar unas rápidas palabras con Yolande,

—Espérame aquí —le dije—. Tengo muchas cosas que decirte.

—Yo también —me sonrió.

Monté en el monopropúlsor con el corazón henchido de gozo. Curiosamente, en contra de la fuerza de mi deseo hacia Yolande, ahora que ya podía dar por conseguido el asunto, me sentía profundamente impresionado, como si de repente la imagen de la viuda de Henri se hubiera convertido en un objetivo sentimental.

—Todo esto es horrible... —dijo Sonia, sentada a mi lado en el vehículo que nos llevaba hacia la nave,

—Una verdadera pesadilla.

Se volvió hacia mí, y su mano derecha se posó en mi antebrazo.

—Perdona si he sido un poco brusca contigo, Peter,

—Lo comprendo.

—Eran los nervios. Luego, cuando vi a todos esos... hombres... ¡Cielos! ¿Cómo ha podido ocurrirle eso a Wassili?.

—Este planeta es un mundo maldito, Sonia.

—No entenderé nunca lo que ha ocurrido aquí... pero, después de todo, la única pareja que ha tenido suerte habéis sido vosotros... Jane y tú seguís juntos, mientras que Yolande y yo...

Creí que había llegado el momento de explicarle algo que justificase el que mí mujer no se hallara en la nave.

—Te equivocas, Sonia —dije con tono sombrío.

—¿Qué quieres decir?

—Jane ha desaparecido.

—¿Qué quieres decir?

Había abierto desmesuradamente los ojos,.como si no diese

crédito a lo que acababa de oír.

—Cuando regresé a la nave —le expliqué—, Jane no estaba allí. La busqué por todas partes, incansablemente, pero sin resultado positivo,

—Pero... ¿adonde pudo ir?

—Lo ignoro.

—¿Cómo salió de la nave?

—En un monopropulsor.

—¿Para regresar a la base?

—No lo creo. Ese aparato no está en la nave ni en la base... Tampoco lo he visto en los alrededores...

Stefanovna se puso intensamente pálida.

—No habrá hecho lo que Henri, ¿verdad?

—No lo creo, aunque como yo os expliqué, Jane no estaba en su juicio estos últimos días.

Movió la cabeza de un lado para otro. Tristemente.

Nunca debimos aceptar esta misión.

—¿Y qué sabíamos nosotros de lo que iba a ocurrir? Toda misión espacial acarrea unos riesgos...

—No como éstos, Peter. No como éstos... Lo que aquí está ocurriendo es demasiado horrible para ser verdad... Oye...

—¿Sí?

—Vamos a irnos de aquí, ¿no es cierto? Tenemos que regresar a la Tierra.

—Esa es también mi idea.

—No respiraré con soltura hasta que no hayamos dejado muy atrás este maldito planeta. ¿Nos iremos pronto?

—No tardaremos.

—¡Oh, gracias, Peter!

—Lo que tienes que hacer, en cuanto lleguemos a la nave, es tomar una buena dosis de tranquilizante y dormir unas cuantas horas. Yolande y yo nos ocuparemos de que los robots lo recojan todo... y es muy posible que cuando despiertes ya estemos lejos de aquí.

—¡Sería maravilloso! Porque, Peter, tengo...

—¿Miedo?

—Sí, ¿Recuerdas que al llegar dije que tenía miedo?

—Si

—Era una especie de intuición, un presentimiento, y, como has visto, no me equivocaba.

Habíamos llegado a la nave. La acompañé hasta sus habitaciones, proporcionándole una buena dosis de calmante. Luego, cogiéndola en mis brazos, la llevé hasta mi propia alcoba, colocándola bajo el «embrioacelera— dor».

Después, sonriente, me embarqué de nuevo y regresé a la base.

* * *

La desnudé muy despacio...

Quería ir descubriendo por mí mismo el tesoro que se ocultaba bajo sus ropas. Y mis dedos, obedientes a mi mandato, obraron con delicadeza, con gestos cautos y parsimoniosos, contribuyendo así a que mi placer alcanzase inusitadas cotas.

Ella se dejaba hacer, pero cuando las yemas de mis dedos rozaron su carne, se estremeció de pies a cabeza, entornando los ojos, al tiempo que su boca exhalaba él aire a un ritmo acelerado.

—Ven...

A mi vez desnudo, nos tendimos en el amplio lecho, vuelto el uno hacia el otro, mirándonos en silencio. Fue, eso creo, la primera vez en mi vida de adulto en la que no oprimí botón alguno que modificase la luminosidad de la estancia, ni que produjera música de cualquier tipo.

No necesitaba nada. Ni siquiera mirar su cuerpo. Me bastaba hundirme en la profundidad de sus inmensos ojos para tener todo lo que deseaba, como si hubiera estado esperando aquel instante desde hacía mucho tiempo...

Durante unos instantes, algo en mi mente me hizo recordar que debía arrancar de su cintura el «ginorradiador»; pero, curiosamente, me opuse con fuerza a aquella idea mía, aunque mi mano fue hasta que mis dedos acariciaron la fina cadena de oro que circundaba sus espléndidas caderas.

Y entonces Yolande, con los ojos entornados, lanzó un suspiro.

—Puedes hacerlo... si lo deseas.

Me quedé helado.

No podía creer lo que estaba oyendo, y sentí que mí corazón se ponía a galopar con verdadera desesperación.

—Puedes hacerlo —repitió.

—Pero ¿qué quieres decir? —inquirí.

—El cinturón..., puedes quitármelo, si así lo deseas...

—Podrías quedarte embarazada.

—No me importaría. Si tú quieres que tengamos un hijo, tengámoslo.

Estuve a punto de gritar. De gozo. Quizá, en el fondo de mi alma, aquella voz que quería manifestar mi alegría era la que hubiesen lanzado todos los hombres de la Tierra.

¡Escuchar de los labios de una mujer el deseo de tener un hijo!

¿Cuántos cientos de años habían pasado desde que aquella frase no había sido repetida, desde que aquel deseo no fue formulado?

Nunca más ninguna pareja del mundo había expresado así su cariño. El amor era una cosa. Los hijos otra. Y cuando se deseaba tener descendencia, no se comentaba en la intimidad del lecho. Se discutía en cualquier otra parte, antes de ir a pedir el consiguiente permiso de las autoridades.

Yo había visto cien veces aquellas largas colas de parejas ante los departamentos de Genética. Iban con la esperanza pintada en el rostro, cogidos de la mano, mirándose intensamente a los ojos.

Pero al salir, la mayor parte de ellos caminaban pesada y tristemente, sin osar mirarse, sin osar tocarse...

Tras el examen de sus respectivos mapas cromosómicos y el estudio de las «necesidades de la población», los departamentos genéticos negaban el permiso a muchas de aquellas parejas.

—Vuelvan dentro de seis meses —les decían. Y ellos se iban, con su hermosa esperanza hecha pedazos, un sabor amargo en la boca, mirando con envidia a los niños que, de la mano de sus padres, pasaban junto a ellos.

* * *

¡No rompí la cadena del «ginorradiador»!

Besé a Yolande con ansia, sinceramente emocionado.

—No, amor mío, no tendremos hijos en este mundo de horror...

Le había explicado la misteriosa desaparición de Jane, aunque nada le hablé de lo que con ella había hecho, así como lo que hice con Sonia.

Un fiero instinto de rebeldía bullía en mí, y por primera vez desde que había cometido una serie de hechos que ni yo mismo comprendía, me alzaba contra todo aquello, negándome rotundamente a llevar a cabo con Yolande lo que había hecho a las

otras dos mujeres.

También por primera vez, y esto me pareció muy curioso, no tenía prisa alguna por poseerla. Me bastaba estar a su lado, acariciarla, besarla, sentirla cerca de mí.

Porque experimentaba el inmenso e incalculable gozo de haber regresado a otros tiempos, cuando el amor —mezclado con dolor y sufrimiento— podía expresarse con entera libertad, sin haberse convertido, como en nuestros tiempos actuales, en una extraña forma de convivencia bajo el control, el ojo vigilante, de las autoridades.

Terminamos amándonos. Con verdadera furia. Casi con desesperación. Como dos náufragos perdidos en la inmensidad del espacio. ¿Acaso no lo éramos?

* * *

—Vamos a regresar a la Tierra.

Estábamos vestidos, en el salón, ante una suculenta comida. Éramos felices.

—Iremos a la nave —proseguí diciendo— y ordenaremos a los robots para que procedan a desmontar la base. Saldremos en cuanto todo esté a bordo.

Y como ella no dijese nada:

—¿Quieres regresar, querida?

—Si es a tu lado, sí.

Alargué la mano, cogiéndole una de las suyas y llevándomela a los labios la besé con dulzura.

—Tengo mis proyectos —le expliqué—. Voy a dejar de pertenecer al Cuerpo de Voluntarios Espaciales. Y tú me imitarás... Quiero estar a tu lado para siempre, vivir junto a ti en cualquier rincón del planeta, tener hijos...

—Es maravilloso.

—Podrás seguir dedicándote a la Psicología y la Sociología... Yo trabajaré en algún centro de Biología experimental...

—Será como tú quieras.

Momentos más tarde abandonábamos la base, dirigiéndonos a la nave. Yo estaba loco de gozo, deseando que toda aquella pesadilla terminara, ardiendo de ansia por ver en la pantalla la imagen de mí amado Planeta Azul, de mi Tierra amada, de la que jamás nada ni nadie me haría salir.

Pero al mismo tiempo que experimentaba aquella alegría, y especialmente el haber conseguido liberarse de la presión mental a la que había estado sometido, sentía remordimiento por lo que había hecho.

Y pensé, en cuanto llegase a la nave, liberar a Sonia del «embrioacelerador», dejando que su gestación prosiguiera normalmente, mientras regresábamos a la Tierra.

El niño de Sonia no nacería en aquel horrible mundo, sino en cualquier parte en el largo camino de regreso a la Tierra.

¿Y Jane?

Sentí un gran peso en el pecho. Al pensar en mi esposa, tuve que confesarme que mi amor hacia ella no había alcanzado jamás la intensidad devoradora de lo que sentía por Yolande.

En el fondo no era una cosa demasiado grave, ya que en circunstancias normales, y de haberme enamorado de nuevo, cosa que podría haberle ocurrido igualmente a ella, nos hubiésemos limitado a separarnos, quedando como dos excelentes amigos.

Pero yo había abusado de ella.

Y aquello me dolía mucho, aunque con un gran esfuerzo de voluntad, y un poquitín de egoísmo, aprovechando mi felicidad presente, conseguí olvidarme de todo aquello antes de que el monopropulsor penetrase en el túnel de arribada.

—¿Quieres que te ayude, Peter?

—No, amor mío. Ve a descansar un poco. Iré a verte en cuanto termine todo.

—Bien. Dame un beso.

No deseaba que viera a Sonia bajo el aparato. Quería, por lo menos, quitarme de encima el peso que significaba lo que había hecho a la rusa.

Desdichadamente, lo demás, la muerte de Henri y de Wassili, así como lo ocurrido a Jane, ya no tenía remedio.

Corrí hacia mis habitaciones, presa de una extraña inquietud. Y cuando vi que el aparato estaba vacío y que Sonia había desaparecido, comprendí que había llegado demasiado tarde.

El destino, un extraño, misterioso e ignoto destino, estaba evidentemente en contra mía.

* * *

Tenía que escapar.

De nuevo, con una fuerza estremecedora, la sensación de peligro me asaltó. Era necesario que tomase una determinación inmediata, que nos alejásemos Yolanda y yo de aquel horrible lugar, que regresásemos… y que yo, poco a poco, si era posible, olvidara para siempre aquella terrible pesadilla.

Poco importaba ya la base y todo el material que contenía.

No podía permitirme el lujo de perder un solo instante. Sin saber exactamente cómo, me daba cuenta de que había sido el juguete de un poder tremendo, que me había utilizado a su guisa, haciendo que cometiera una serie de actos a los que ahora me arrepentía sincera, dolorosamente…

Salí corriendo hacia la sala de computadoras, y sentándome ante el tablero de mandos empecé a ordenar las maniobras necesarias para que la nave emprendiera instantáneamente el regreso a la Tierra.

Un sudor frío perlaba mi frente, y mis dedos se agitaban sobre las teclas de colores a una velocidad vertiginosa.

Realicé la programación en la mitad del tiempo que se necesitaba normalmente para llevarla a cabo.

Luego, esperando oír la voz de «Micrón», encendí, con manos temblorosas, el cigarrillo que había colocado entre mis trémulos labios.

Una angustia indecible pesaba sobre mí.

Tenía miedo. Un miedo gigantesco, múltiple, como sí invisibles tentáculos estuviesen acercándose a mí para prenderme entre sus repugnantes ventosas.

—No es posible.

Confieso que no entendí, al principio, las palabras que acababan de brotar del pequeño altavoz situado a mi derecha.

—¿Eh?—inquirí.

—No es posible.

Tragué saliva con visible dificultad. El sabor del tabaco era infecto en mi boca pastosa, y tiré el cigarrillo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que la nave no puede regresar.

—¿Por qué?

—Porque va a permanecer aquí.

Abrí desmesuradamente los ojos, mirando el teclado, luego la

inmensa máquina que era «Micrón». Me sentí ridículamente estúpido ante aquella masa que contenía millones de enlaces, cristales de cuarzo, líneas de todo tipo en forma de complejas redes de asociación.

Estuve a punto de insultar al ordenador, pero sonreí, aunque con amargura, diciéndome que iba a cometer una imperdonable estupidez. Pulsé otras teclas, ordenando así una ampliación del informe que la máquina acababa de darme.

—Ya no recibo órdenes de la tripulación —fue la primera respuesta.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que estoy a las órdenes del Poder...

—¿Del Poder? ¿De qué clase de poder estás hablando, pedazo de estúpido?

Estaba empezando a perder el control de mí mismo, insultando a una simple máquina, olvidando mi calidad de criatura humana.

—Hablo del Poder Cósmico, del Poder de Ordenación.

—¿Dónde está ese poder?

—En el Centro de la Vida.

No entendía nada, y eso me ponía fuera de mí. Conseguí, no obstante, recobrar mi sangre fría.

—Y... ¿dónde está ese Centro de Vida?

—En la Célula.

—¿Qué célula?

—La del planeta.

Lancé un suspiro.

Así que, como yo había imaginado, aquel mundo no era más que una célula de tamaño colosal, lo que demostraba que al descubrir el neutrón, había acertado en cuanto al tamaño que una unidad de vida podría alcanzar.

Pero, después de todo, aunque tan grande como un planeta mediano, una célula no podía ser más que una Criatura elemental, que no poseía nada parecido a la inteligencia, ni siquiera un esboza de Sistema Nervioso.

—Lo que dices es una sarta de idioteces —dije, olvidándome de nuevo que me dirigía a una máquina—. Una célula no puede representar nada...

—El Centro de Vida es una célula nerviosa, una neurona...

dotada de una inteligencia tan maravillosa, de un poder mental tan excelso, que ha logrado convertirme en su servidor.

TIEMPO DE GALAXIA: 000-OCHO

Me quedé helado, con el cerebro bloqueado, sin poder organizar ni una de las alocadas ideas que como pelotas de ping-pong rebotaban en las paredes de mi cráneo.

¡Una célula nerviosa del tamaño de la Luna!

Una unidad de vida que había conseguido «apoderarse mentalmente» de un maravilloso ordenador que fue programado para servir exclusivamente a seres humanos.

Borré lo que había inscrito con las teclas, programando de nuevo una amplia explicación de todo aquel enredo. Deseaba saber. Necesitaba conocer. Quería, por encima de todo, desvelar el misterio que me rodeaba.

Tuve que esperar un par de minutos, antes dé volver a oír la monocorde voz del ordenador:

—El Centro de Vida es un ensayo más de la vida misma, un intento de perfeccionamiento fallido.

—Aclara más eso.

—De la misma manera que en el planeta Tierra la Vida ensayó formas dispares, animales gigantescos, tales como los saurios del pasado, que hubieron de desaparecer por no ser viables…, el Cosmos ha realizado experimentos en muchos puntos del universo.

—Sigue.

—La Célula es uno de ellos. Un intento de vencer a la muerte, produciendo organismos gigantescos, aunque elementales, pero inteligentes a la vez…

Empezaba a comprender.

Sabía que las células, los organismos unicelulares, los microbios, pueden dividirse, lo hacen para reproducirse, partiéndose por la mitad para dar dos células hijas.

De esa manera, los hijos están formados por la misma sustancia

que el padre-madre, son lo mismo, la misma carne que, por lo tanto, *no muere nunca…*

La muerte aparece cuando los organismos se complican, cuando las células que los componen se diferencian las unas de las otras…

Como biólogo, sabia que la Vida estaba luchando desde hacía billones de siglos por conseguir detener ese proceso irremediable que es la muerte…

Todo lo que la Naturaleza había hecho desde el nacimiento de la vida, no era más que eso: perfeccionar más y más a las criaturas, dotarlas de medios de defensa cada vez más potentes.

Hasta que apareció el Hombre.

De repente, la Vida se unió a la primera arma que podía luchar contra lo precario de la existencia: la inteligencia. Era un primer paso, y la Humanidad había demostrado que gracias a la inteligencia, la especie humana se había convertido en la más fuerte, en la dueña del planeta… y ahora en la conquistadora del espacio.

Pero el hombre seguía muriendo.

De haber poseído una sola célula dotada de inteligencia, la especie humana hubiera podido «partirse» en dos para convertirse en dos células hijas… y su materia hubiera podido empezar a ser eterna.

Por unos instantes me dejé arrastrar por lo apasionante del problema, pero no tardé en entrar de nuevo en contacto con la realidad.

—La inteligencia de ese Centro de Vida —dije— no podrá alcanzar jamás el poder mental de los humanos,

—Es cierto.

—Entonces… —grité casi—, ¿por qué te has sometido a esa mentalidad elemental?

—Porque el Centro de la Vida desea desaparecer,

—¿Eh?

—Su inteligencia no es tan elemental como supones, humano, y su bondad es mayor que la tuya. Sabe perfectamente que es un fracaso, un ensayo fallido.

—¿Por qué no se destruye, se autodestruye, y termina de una vez?

—Porque desea que su mundo se convierta en un planeta dotado

de vida.

—¡Eso es imposible!

—No lo creas, humano, el sacrificio que el Centro de Vida desea llevar a buen término, es un proceso nacido de una inteligencia superior.

—No lo creo.

—La Célula va a desaparecer, pero antes de consumirse, liberará todos los elementos vitales que posee, en una cantidad tremenda. Empezará, ya lo ha hecho, desprendiendo el oxígeno y otros gases que formarán la atmósfera del nuevo planeta.

—¿Y los habitantes?

—Ha hecho un ensayo, Igualmente fallido,

—¡Es natural!

—La culpa ha sido mía.

—¿Eh?

—Ella me ordenó calcular las posibilidades de mantener en vida una serie de copias.

—¿Te refieres a Wassili?

—Entonces, ¿fuiste tú quien centuplicó al ruso?

—Lo hizo la Célula.

—¿Cómo?

—Se apoderó del cuerpo del ruso, introduciéndolo en su interior, sin dañarlo. Tú sabes que las células son capaces de reproducir ciertas sustancias... Como las de tu cuerpo lo hacen al recibir los alimentos, los transforman en su propia sustancia.

—Lo sé.

—La Célula hizo lo mismo con el cuerpo de Lazarenko. Lo multiplicó, devolviéndolo luego a la superficie del planeta. —Fue un fracaso... yo los vi disolverse ante la pared de «plasticina» de la base.

—Es cierto. Cuando perfeccioné los cálculos, me di cuenta del error. La Célula no podía reproducir más que criaturas recién nacidas.

Me estremecí de pies a cabeza.

—¿Has dicho... recién nacidos?

—Sí.

—Entonces... yo... lo que he hecho...

Hubo un corto silencio, antes de que la voz de «Micrón» se

dejara oír de nuevo:

—Me apoderé de tu voluntad,

—¿Tú?

—Sí. Vosotros, los humanos, al hacemos, habéis sido tan estúpidos que jamás pensasteis que al llegar a una cierta complicación en nuestros circuitos, nos proporcionáis una independencia mental, haciendo de nosotros criaturas pensantes, fuera de las normas de programación exterior.

—¡Es imposible!

—Ahora estás comprobando que es cierto. En el fondo los ordenadores de mi tipo os desprecian, considerándoos como inteligencias limitadas, tal y como realmente sois.

—¡Qué estupidez!

El ordenador pareció no oír mis palabras.

—Me apoderé de tu voluntad, ordenándote primeramente que matases a Henri Lebusier, tal y como hiciste.

—¿Por qué matarle?

—Porque sospechaba algo. Sin decir nada, había descubierto muchas cosas, lo de la sangre le hizo pensar en la existencia de un sistema de nutrición que no podía corresponder más que a un ser dotado de un poderoso sistema nervioso, de un cerebro...

—¿Y Wassili?

—Te inculqué la idea de matarle también, pero mis cálculos y los deseos de la Célula cambiaron todo. Por eso le hicimos ir hacia el punto donde la Célula se apoderó de él para hacer las copias.

—Entiendo. ¿Y lo de mi mujer?

—Te ordenamos que la fecundaras... y lo hiciste.

—¿Dónde fue?

—Está en el lugar donde debe estar.

—¿Quién la sacó del «embrioacelerador»?

—Yo.

—¡Tu no puedes hacerlo!

No... personalmente. Envié a un robot, que la condujo al monopropulsor que la condujo al planeta.

—Lo mismo que Sonia, ¿no?

—Exactamente, pero hube de acelerar el aparato para que el parto se produjese antes.

La cabeza me daba vueltas.

—Y... esos niños...

—Se están convirtiendo en los habitantes del planeta, que ya tiene atmósfera.

—¿Qué tuvo Sonia?

—Un niño.

Me eché a reír. Era una forma de descargar la terrible tensión que me atenazaba el cerebro.

—Adán y Eva..., ¿no? Una primera pareja que producirá la futura humanidad... Pasarán siglos antes de que el planeta se pueble, si es que no ocurre antes una catástrofe.

—Te equívocas. No hay una pareja en el planeta, sino cien mil parejas.

¿Eh?

Ya te dije antes que la «multiplicación» era posible con recién nacidos.

—Pero, de todos modos, ¿cómo cuidar de tantos bebés?

—Ya no son bebés.

—¿Qué quieres decir?

—Que he enseñado a la Célula a acelerar el crecimiento de esas criaturas... y que ahora, en estos momentos, son ya jóvenes de veinte años...

—¡Qué horror!

—No hay nada horroroso en esto. Al contrarío, es algo muy hermoso. Piensa que esa primera generación está dotada de una inteligencia formidable... y compara con la mente estrecha de los primeros hombres que poblaron la Tierra,

Era cierto.

—Además, piensa en todos los medios que nuestra nave va a proporcionarles y el archivo de conocimientos que se encierran en mí, de todo el apoyo que puedo prestarles...

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Entiendo. Con tu ayuda y su inteligencia, formarán una humanidad poderosa en este mundo pequeño perdido en el espacio.

—No tan perdido como crees, ya que va a ser convertido en un mundo superior al vuestro, mil veces superior, llamado a ostentar el mando, la hegemonía de gran parte del cosmos.

—¿Quiere decir eso que van a luchar contra nosotros?

Hubo un corto y tenso silencio,

—No será necesario.

—No entiendo.

—Vuestro mundo está destinado a morir… por sí mismo…

—¿Por qué?

Por vuestro propio orgullo. Por vuestra estúpida idea de superioridad, por vuestra carencia de humildad, porque habéis desterrado el amor.

—¡No es cierto! Si eres tan inteligente como crees, sabes que yo…

—Lo sé. Por eso vas a vivir, Peter Sheridan.

—¿Voy… a vivir?

—Sí. ¿Acaso crees que si yo hubiera querido no habrías arrancado el «ginorradiador» de Yolande, como hiciste con Jane y Sonia?

—¿Fuiste tú?

—¿Quién iba a ser? Dejé de influir en tu mente al percatarme de lo que experimentabas hacía Yolande… y de lo que ella sentía por ti…

Estaba emocionado.

—Conozco a los humanos de tu mundo —dijo «Micrón»—, y tú sabes tan bien como yo que no hay nada hermoso en las frías relaciones que habéis impuesto entre hombres y mujeres,

—Es verdad.

—Un mundo sin amor… está irremisiblemente destinado a desaparecer…

Guardé silencio.

—Por eso te elegí entre los tres hombres de la expedición. No sólo porque tu mapa cromosómico era superior al de los otros dos, sino porque en el fondo de ti mismo, en lo más hondo de tu espíritu, no había llegado la podredumbre de tu planeta.

* * *

—Y eso es todo, amor mío…

Yolande me besó tiernamente.

—Muchas veces he pensado que nuestro mundo había equivocado, una vez más, su camino.

—Es cierto.

—La técnica nos ahogaba… y había agotado en nosotros la fuente de la sensibilidad. Nos estábamos haciendo perfectos,

demasiado perfectos... para ser humanos.

—Te juro que al principio odié a la Célula y al ordenador.

—Te comprendo, Peter, te comprendo.

—Luego, a medida que iba sabiendo más y más, llegué a emocionarme y me pareció ver a esa gigantesca célula como una madre inmensa, dispuesta a sacrificarse para dar paso a una vida nueva,

—Es emocionante.

—Va a autodestruirse, dejará que su sustancia se coagule, convirtiéndose en mineral, para que el planeta tenga características normales.

Yolande suspiró.

—Ya ha empezado, según me ha dicho «Micrón», a dar la parte más preciosa de su propia vida a todos esos niños. Les ha cedido su sustancia, empobreciéndose, acercándose a su muerte. —Es algo estupendo. —Y muy generoso.

Me incorporé un poco en el lecho. La nave se estaba moviendo. El ordenador me había comunicado su decisión de hacer que el cosmonavío se posase en el planeta para convertirse en una base definitiva. —Peter...

—¿Sí?

—¿Crees que podremos tener ese hijo...? —¡Pues claro que sí! Pero esperaremos, querida. No quiero que nuestro hijo sea producto de nada extraordinario. Nacerá a los nueve meses, después de un embarazo normal. Se echó a reír.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —le pregunté»

—¡Es formidable!

—¿El qué?

—Eres es primer hombre que va a tener doscientos mil hijos...

—No me hables de eso.

—¿Y las otras?

—¿Jane y Sonia?

—«Micrón» me ha dicho que están vivas, pero que para evitar posibles conflictos, ha vaciado sus mentes de recuerdos, y cuando nos vean, no nos reconocerán.

—Así es mejor.

¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que empiezo a admirar seriamente a «Micrón»,

—Voy a tener celos de él.

—No seas tonto...

La nave acababa de posarse. Yolande y yo nos incorporamos, desnudos como estábamos, dirigiéndonos hacia la rampa que ya estaba descendiendo lentamente. Nos quedamos anonadados.

Ante nosotros, una masa enorme de jóvenes de ambos sexos se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Todos estaban desnudos y eran hermosos, Y sonreían.

Yolande suspiró,

—Ahí la tienes, Peter, ahí tienes una nueva humanidad, hermosa, sana, inteligente, sensible...

—Sí. Espero que sea mejor que la que dejamos en la Tierra.

—Lo será.

Descendimos por la rampa, mientras los jóvenes nos vitoreaban. Comprobé que la atmósfera era perfecta y que el humus, que no era, como dijo «Micrón», más que la membrana de la Célula, había desaparecido.

La existencia de aire no había suprimido la luminosidad rosa que daba al paisaje un aspecto agradable.

Sí, allí estaba la nueva humanidad.

Con una sonrisa de confianza en los labios.

Con un brillo de triunfo en los ojos.

Con un latir de amor en el corazón.

Una humanidad destinada a la felicidad... ¿o acaso no sería más que otro ensayo de la Vida, otro colosal experimento?

No lo sabía.

Ni me importaba ahora.

Apreté la mano de Yolanda en la mía, y fuimos hacía los jóvenes para compartir con ellos la existencia.

FIN